

Juana Spyri

# Heidi



HEIDI

Juana Spyri

# Heidy

EDICIONES DEL SUR



Ilustración de la portada, por Jessie Willcox Smith.

Publicado por Ediciones del Sur. Córdoba. Argentina.  
Abril de 2005.

Distribución gratuita.

Visítenos y disfrute de más libros gratuitos en:  
<http://www.edicionesdelsur.com>

---

## ÍNDICE

I.	Camino de los Alpes .....	6
II.	En casa del abuelo .....	17
III.	Una jornada en los Alpes .....	25
IV.	La casita de la abuela .....	31
V.	Visitas inesperadas .....	40
VI.	Cosas nuevas y asombrosas .....	49
VII.	La señorita Rottenmeier pasa un día agitado	56
VIII.	Siguen las sorpresas en casa del señor Sesemann .....	67
IX.	El regreso del señor Sesemann .....	73
X.	La abuelita de Clara .....	77
XI.	Pérdidas y ganancias .....	84
XII.	Fantasmas en casa del señor Sesemann .....	87
XIII.	Camino de los Alpes en un atardecer de verano .....	91
XIV.	El domingo cuando las campanas suenan .....	100

---

## I. CAMINO DE LOS ALPES

DESDE la risueña y antigua ciudad de Mayenfeld parte un sendero que, entre verdes campos y tupidos bosques, llega hasta el pie de los Alpes majestuosos, que dominan aquella parte del valle. Desde allí, el sendero empieza a subir hasta la cima de las montañas a través de prados de pastos y olorosas hierbas que abundan en tan elevadas tierras.

Por este camino subían, cierta mañana de sol del mes de junio, una robusta y alta muchacha de la comarca y, a su lado, cogida de la mano, una niña, cuyo moreno rostro aparecía sonrojado de ardor. No era sorprendente que así ocurriera porque, pese al fuerte calor, la pobre niña iba arropada como en pleno invierno. La pequeña no tendría más de cinco años: estaba tan sofocada, que apenas si podía avanzar.

Una hora después llegaron a la aldea de Dörffi, situada a mitad del camino a la cima. Era el pueblo donde la joven había nacido y pronto empezaron a llamarla de todos los lados. Abriéronse las ventanas, aparecieron las mujeres del pueblo en el umbral de sus casas. Mas la

joven no se detuvo con ninguna. Se limitaba a contestar a los saludos y a las preguntas y no aminoró la marcha hasta que estuvo frente a una casita del otro extremo de la aldea. Una voz la llamó desde dentro. La puerta estaba abierta.

—¿Eres tú, Dete? Espera un momento; podremos ir juntas si vas más lejos.

Salió de la casa una mujer alta, de aspecto joven y agradable.

La niña echó a andar detrás de las dos amigas.

—Pero, Dete, ¿dónde vas tú con esta pequeña?

—La llevo al Viejo; se quedará con él.

—¡Cómo! ¿Quieres que esta niña se quede con el Viejo de los Alpes? Me parece que has perdido el juicio, Dete.

—¡No faltaría más! Es el abuelo de la niña y le toca hacer algo por ella.

—¿A dónde piensas ir?

—A Frankfurt —repuso Dete—. Me han ofrecido allí un empleo en casa de una familia que estuvo el año pasado en Ragatz. Yo les servía allí y arreglaba sus habitaciones. Ya entonces quisieron llevarme a la ciudad.

—No me gustaría estar en el lugar de la niña —dijo Barbel—. Nadie sabe exactamente qué clase de hombre es el Viejo de los Alpes. No quiere tratos con nadie; en todo el año no va ni una vez a la iglesia y cuando, por casualidad, desciende con su grueso bastón, todo el mundo le rehúye porque le temen.

—Todo lo que tú quieras —replicó Dete, un poco molesta—, pero no por eso deja de ser abuelo de la niña y de tener la obligación de cuidarla. Bien mirado, ¿qué daño puede hacerle? Además, pase lo que pase, él será el responsable y no yo.

—Yo sólo quisiera saber —continuó Barbel— qué es lo que el Viejo puede tener sobre su conciencia para

poner siempre ojos tan terribles cuando ve a alguien y por qué vivirá allí arriba sin tratarse con nadie. Circulan toda clase de rumores sobre él y creo que tú has de saber algo de ello por tu hermana, ¿no es así, Dete?

—Naturalmente; sé algo, pero me guardaré mucho de hablar. Si él se enterara después, ¡bueno se pondría!

Sin embargo, la curiosidad de Barbel no estaba satisfecha. Hacía mucho tiempo que deseaba saber algo sobre la vida de aquel Viejo de los Alpes, del que las gentes no hablaban sino en voz baja, como si temieran indisponerse con él, sin atreverse; sin embargo, a defenderle. Como Barbel hacía poco que había llegado de Praettigau para establecerse en Dörffi, ignoraba las circunstancias del pasado de los habitantes de aquellos contornos. Dete, una de sus antiguas amigas, había nacido, por el contrario, en Dörffi, y había vivido allí con su madre hasta que ésta murió hacía un año. Entonces había bajado a Ragatz para emplearse de camarera en el hotel. De allí venía aquel día.

—Tú, Dete, eres un de las pocas personas a las que se puede dar crédito cuando hablan. Dime, ¿qué ha sucedido para que el Viejo se haya retirado allí arriba y sea siempre tan huraño?

—Si tuviera la seguridad de que luego no se sabría en toda la comarca, te contaría algunas cosas de él.

—¡Cómo, Dete! ¿Qué piensas de mí? —repuso Barbel un poco ofendida—. No vayas a figurarte que las de Praettigau somos unas charlatanas. Cuando es preciso, bien sé callarme. Cuéntame, pues, y no te inquietes.

—Está bien, pero has de cumplir tu palabra —respondió Dete.

Sin embargo, antes de comenzar el relato, se volvió para asegurarse de que la niña no anduviera demasiado cerca de ellas y pudiese escuchar lo que iba a decir. Mas

Heidi había desaparecido. Dete se detuvo y oteó el sendero que acababan de recorrer. Pero Heidi no aparecía en ningún lugar de la vereda.

—¡Ah, ya la veo! —exclamó por fin Barbel—. ¡Fíjate allá abajo! Allí está saltando con Pedro el cabrero y sus animales. Así estamos mejor. Pedro se ocupará de la niña y nosotras podremos hablar a nuestras anchas.

—No es preciso ocuparse mucho de la niña, porque a pesar de tener sólo cinco años, es muy lista. Más tarde, buena falta le hará; el Viejo no posee nada más que su casita y sus dos cabras.

—¿Acaso tenía antes más? —preguntó Barbel.

—¿Ese? ¡Ya lo creo! —exclamó vivamente Dete—. Sus padres poseían una de las más hermosas haciendas de Domleschg. Tenía sólo dos hijos. El hermano menor era tranquilo de carácter y ordenado. Pero al Viejo no le gustaba trabajar; quería hacer el señorito. Terminó por perder en el juego todo su patrimonio. Su padre y su madre murieron del disgusto, y su hermano, al que redujo a la pobreza, salió del país para ir Dios sabe dónde. El Viejo mismo, que no poseía ya nada más que su mala fama, desapareció también. Después de muchos años, un día apareció en Domleschg acompañado de un hijo, ya mayorcito. Pero todas las puertas se le cerraron y, naturalmente, el Viejo se enfadó. Declaró que nunca volvería a Domleschg y se marchó para siempre; se estableció con su hijo aquí, en Dörffi. Por lo que se dijo de él entonces, su mujer murió dos años después de casados. Seguramente el Viejo tendría algún dinero, porque hizo que su hijo Tobías aprendiera el oficio de carpintero. Tobías era un chico muy trabajador y agradable, bien visto por todo el pueblo. Pero por lo que toca al padre, la gente desconfiaba de él. Como le habíamos aceptado por pariente nuestro, porque la abuela de mi madre y la

de la suya eran hermanas, nosotras siempre le llamábamos tío.

—Pero ¿qué ha sido de Tobías?

—Tobías había ido a Mels para aprender allí el oficio. Cuando regresa a Dörffi se casó con mi hermana Adelaida. Vivieron muy felices. Pero dos años después, mientras Tobías trabajaba en una construcción, le cayó encima una viga y lo mató. Adelaida sufrió una emoción tan fuerte que cayó gravemente enferma con un acceso violento de fiebre, del que no se repuso. Poco tiempo después murió. Pronto corrió el rumor de que aquella desgracia era un castigo a la vida impía del Viejo. Llegaron a decírselo a la cara y hasta el señor cura le habló con objeto de que se arrepintiera de su vida pasada. Pero en vez de modificarse se volvió más hosco. Por otro lado los vecinos evitaban encontrarse con él todo lo posible. Un día se supo que se había ido para establecerse en la cima de la montaña, y que no pensaba bajar nunca más al pueblo. Mi madre y yo recogimos a la hija de Adelaida, que se llama como su madre; entonces no tenía más que un año. El año pasado, cuando tuve que ir al balneario, me llevé a la pequeña. La puse de pupila en casa de la vieja Ursula Pfaeffers, y así he podido dedicarme enteramente a mi trabajo. Esta primavera, la familia de Frankfurt a la que serví el año pasado, ha vuelto a Ragatz y me pide de nuevo que vaya con ellos. Saldremos pasado mañana.

—¿Y tú quieres dejar esta pequeña en casa del Viejo después de lo que me has contado de él? —dijo Barbel en tono de reproche.

—¿Qué quieres? —se excusó Dete—. He hecho cuanto he podido. No puedo llevarme a Frankfurt una niña de cinco años. Pero, a propósito, Barbel, ¿hasta dónde ibas tú?

—Precisamente hemos llegado adonde yo venía —contestó Barbel—. He venido para hablar con la abuela del cabrero; ella hila para mí durante el invierno. ¡Adiós, Dete, y que tengas mucha suerte!

Dete tendió la mano a su amiga y se detuvo un momento para verla entrar en la casita del pastor de cabras. Era una choza situada un poco lejos del sendero, en una hondonada abrigada del viento., La casita era tan vieja y estaba tan destartada que, a no ser por aquella feliz circunstancia, no se hubiera podido vivir en ella sin peligro cuando soplaban el viento de los Alpes, que llamaban *föhn* en Suiza, con su acostumbrada violencia. En la cabaña vivía Pedro, el pastorcillo de cabras, que tenía once años y bajaba todas las mañanas a Dörffi para llevarse las cabras a los prados de césped de lo alto de la montaña, donde los animales se regalaban todo el día con una hierba jugosa y aromática. A la llegada de la noche, Pedro descendía con las cabras, saltando con ellas ligera y alegremente. Al llegar a Dörffi, lanzaba un agudo silbido que oían en todas partes. En seguida acudían los hijos de los dueños de las cabras y cada uno se llevaba las suyas. Siempre eran niños los que iban a buscar a las cabras, porque estos animales son muy apacibles, de los que no hay nada que temer. Durante el verano, aquellos eran los únicos momentos en que Pedro cambiaba algunas palabras con sus semejantes. Verdad es que en su casa estaban su madre y su anciana abuela, que era ciega; pero el muchacho salía muy temprano por la mañana y regresaba tarde por la noche, porque se entretenía todo el tiempo posible con los niños del pueblo, de modo que al llegar a casa, sólo tenía tiempo para cenar rápidamente y caer luego rendido de fatiga sobre la cama.

Como no veía a la niña por ninguna parte, ni tampoco al pastor y sus cabras, Dete volvió a emprender la subida de la montaña y al llegar a un altozano, se detuvo de nuevo para buscar a la niña con la mirada, pero de nuevo vio fracasado su intento. Mientras Dete ejercitaba así su paciencia, los dos niños habían recorrido una larga distancia. Pedro quería llevar a sus cabras a los sitios que él conocía, donde los animales encontraban matorrales y zarzales de su gusto. Al principio, la pequeña siguió al pastorcillo, aunque con mucha fatiga porque se ahogaba a causa de la mucha ropa que llevaba puesta. Heidi no decía nada; se limitaba a contemplar a su compañero, que con los pies desnudos y pantalones cortos, saltaba alegremente delante de ella, mientras que las cabras, con sus delgadas y largas patas, brincaban ágilmente de piedra en piedra, corrían de una parte a otra y no se estaban quietas ni un momento. De pronto la niña se detuvo, se sentó en la hierba, se descalzó rápidamente los pesados zapatos y las medias; luego se levantó y empezó a despojarse del pañuelo rojo y de sus dos vestidos; su tía Dete le había puesto el vestido bueno debajo del de diario para evitarse la molestia de tener que llevarlo en la mano. En menos de un minuto Heidi quedó vestida sólo con una falda ligera; sus brazos desnudos surgían de la camisa de mangas cortas. Luego ordenó la ropa que se había quitado en un montón, que dejó al lado de una piedra, y se fue saltando y brincando detrás de las cabras casi tan ágil como cualquiera de ellas.

Una vez libre de la ropa que la molestaba, Heidi entabló conversación con Pedro, que se vio en un aprieto para poder contestar a tantas preguntas como le dirigía la niña. Heidi quería saber exactamente cuántas cabras tenía, adónde las llevaba a pacer, qué era lo que hacía

allí arriba después de llegar con los animales al sitio elegido y miles de cosas más. Hablando de este modo, llegaron por fin a la casita del cabrero, no lejos de la cual esperábales todavía la tía de Heidi. Apenas vio a los dos, exclamó con viveza:

—Pero, Heidi, ¿qué has hecho? ¡Cómo vienes! ¿Qué has hecho de tus vestidos? ¿Dónde está el pañuelo? ¿Y los zapatos? ¿Dónde están tus medias? ¡Contéstame, Heidi!

—¡Allí abajo! —respondió la niña tranquilamente, señalando con la mano hacia la pendiente.

Dete siguió con la mirada la dirección y vio, en efecto, un montón cubierto con una tela roja que sin duda era el pañuelo de la pequeña.

—¡Desgraciada! —exclamó su tía, fuera de sí—. ¿Qué idea te ha pasado por la cabeza? ¿Qué significa esto? ¿Por qué te has quitado los trajes?

—No me hacían falta —respondió la niña, que no tenía aspecto de estar afligida por su conducta.

—¡Esto es demasiado! ¿Te has vuelto loca? Y ahora ¿cómo bajar otra vez allí para buscar la ropa? Cuando menos perderíamos media hora. Escúchame, Pedro, ve tú y trae aquel paquete, pero date prisa.

Y Dete hizo brillar delante de sus ojos una moneda de cinco céntimos completamente nueva. Pedro partió disparado pendiente abajo. Llegó al montón de ropa, lo recogió y volvió veloz con el paquete. Dete le felicitó y le dio la moneda ofrecida.

—Ahora bien podrías llevarme el paquete hasta allá arriba, a casa del Viejo, puesto que sigues el mismo camino —añadió tía Dete.

Pedro asintió y echó a andar con la ropa de Heidi debajo del brazo izquierdo y su látigo en la mano derecha; de cuando en cuando lo hacía restallar. Heidi y las

cabritas brincaban alegres y ágiles a su lado. Al cabo de tres cuartos de hora llegaron por fin a la altiplanicie roqueña sobre la que se elevaba la cabaña del Viejo de los Alpes. Estaba expuesta a todos los vientos, pero construida de forma que recibía los rayos del sol de la mañana hasta la noche, y gozaba de un amplio panorama sobre todo el valle. Detrás de la casita se alzaba un grupo de tres viejos y altísimos abetos. Un poco más lejos comenzaba el último repecho de la montaña, cuyas pendientes, alfombradas de verde césped al principio, tornábanse rocosas y sembradas de maleza, y terminaban en un soberbio remate de altas y abruptas rocas.

Sobre un banco de madera sólidamente sujeto a la pared de la casita, en el lado que daba sobre el valle, se hallaba sentado el Viejo de los Alpes, con la pipa en la boca, las dos manos apoyadas en las rodillas. Heidi llegó la primera al final del sendero y se dirigió en derecha hacia el anciano. Le tendió la mano y le dijo:

—Buenos días, abuelito.

—¿Qué significa esto? —preguntó el Viejo con voz hosca, pero estrechando la mano de la niña, a la que contempló largamente.

Heidi sostuvo la mirada inquisidora sin desviar los ojos. Aquel abuelo con la barba espesa y las cejas grises, erizadas como la maleza, le causaba tal sorpresa que no podía dejar de mirarlo. Mientras tanto, tía Dete había llegado también, seguida de Pedro.

—Buenos días, tío —dijo Dete avanzando hacia él—. Le traigo a la hija de Tobías y Adelaida. Creo que no la reconocerá usted, puesto que no la ha visto desde que tenía un año.

—¡Ah!... ¿Y qué viene a hacer aquí? —preguntó el viejo con voz terrible—. ¡Oye, tú! —exclamó después dirigiéndose a Pedro—, ya te estás marchando con las ca-

bras, que hoy has llegado muy tarde. Llévate también las dos mías.

Pedro obedeció inmediatamente y desapareció.

—La niña viene para quedarse en su casa, tío —dijo Dete contestando a la pregunta—. Me parece que ya he hecho todo lo que debía, teniéndola como la he tenido durante cuatro años. Ahora le toca a usted hacer lo demás.

—¡Ah, ah! —gruñó el Viejo atravesando a Dete con una mirada aguda—. ¿Y qué quieras tú que haga yo si ella no quiere quedarse aquí y empieza a lloriquear?

—¡Allá usted! —repuso Dete—. Nadie vino a decirme a mí cómo me las había de arreglar cuando me vi con la niña en brazos, y eso que no tenía entonces más que un año, y de mi trabajo tenía que sacar el sustento para mí y mi pobre madre. Ahora no puedo tenerla ya porque he aceptado una colocación. Usted, como pariente más próximo de la niña, ha de acogerla, y si no puede tenerla, haga lo que quiera. Si le pasa algo, usted es el responsable. Me parece que no tiene usted necesidad de añadir una culpa más a las muchas que tiene que reprocharse.

Al oír sus últimas palabras, el Viejo se había levantado y la miró con ojos tan terribles, que la joven se echó atrás. Después, el anciano extendió el brazo hacia el sendero y dijo con voz imperativa:

—Vete inmediatamente de aquí y no vuelvas en mucho tiempo. ¡Márchate!

Dete no se hizo repetir el mandato.

—Pues bien, tío, ¡adiós! ¡Adiós, Heidi! —dijo rápidamente y desapareció por el sendero a toda prisa, sin detenerse hasta llegar a Dörffi.

—¿Dónde está la niña? —le gritaban—. Dete, ¿dónde has dejado a la pequeña?

A todas estas preguntas, Dete respondió siempre con la misma impaciencia:

—¡Está allá arriba, en casa del Viejo de los Alpes!

No era habitual en Dete ser tan poco explícita, pero le mortificaba que de todas partes le gritasen en tono de reproche: —¿Cómo has podido hacer semejante cosa? ¡Pobre pequeña! ¡Abandonar a la niña allá arriba! ¡Pobrecita! ¿Qué le va a pasar?

Dete descendió la segunda parte del camino volando más que corriendo, y no aminoró el paso hasta que se vio lo bastante lejos de aquellos inoportunos preguntones que la habían asediado. No estaba Dete muy contenta de su acción. Su madre, en su lecho de muerte, le había encarecido que cuidara de Heidi. Pero Dete se decía para sí, a fin de tranquilizar el agujón de su conciencia, que podría ser mucho más útil a Heidi ganando dinero que cuidándola personalmente. Por ello sintió una gran satisfacción de poderse alejar completamente de aquella región, en la que todo el mundo quería meterse en sus asuntos, y ocupar una colocación tan magnífica como la que le habían ofrecido en Frankfurt.

---

## II. EN CASA DEL ABUELO

UNA VEZ que Dete hubo desaparecido, el Viejo sentóse otra vez sobre el banco y empezó a lanzar grandes bocanadas de humo blanco de su pipa; tenía la mirada fija en el suelo y no decía ni palabra. Mientras él se hallaba sumido en sus meditaciones, Heidi examinó con visible satisfacción todo cuanto la rodeaba y llegó al grupo de los tres grandes abetos que se alzaban detrás de la cabaña. El viento soplaba con fuerza y sus ráfagas doblaban el espeso ramaje de los árboles, produciendo un sonido profundo que sonaba como el aullido quejumbroso de un lobo. Heidi se detuvo a escuchar aquel para ella inusitado ruido. Luego, cuando el viento amainó, el ruido menguó y la niña dio nuevamente la vuelta a la cabaña y se encontró otra vez frente a su abuelo. Heidi se colocó delante de él y, con las manos a la espalda, le contempló silenciosamente. El abuelo alzó al fin los ojos.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó a la niña, que permanecía inmóvil.

—Quisiera ver lo que hay dentro de la cabaña —dijo Heidi.

—Ven —exclamó el Viejo, al tiempo que se levantaba y se dirigía hacia la puerta—. Coge tu ropa —añadió antes de entrar en la casa.

—¡Ya no la necesito! —declaró Heidi.

—¿Por qué no la necesitas ahora?

—Porque me gusta ir más como esas cabritas de patas ligeras.

—Está bien, pero de todos modos ve a coger la ropa —le contestó el anciano—, porque vamos a guardarla en el armario.

Heidi obedeció. El Viejo abrió la puerta y la niña entró con él en una habitación de regular tamaño que ocupaba todo el ancho de la casita. En ella no había muchos enseres: una mesa y un taburete; en un rincón, la cama del abuelo; en la pared opuesta a la

entrada se abría otra puerta. El anciano la abrió; era un armario empotrado. En él guardaba su ropa. Sobre uno de los estantes había camisas, algunos calcetines y pañuelos; en otro estaban los platos, tazas y vasos, y en el estante inferior un gran pan, carne ahumada y queso. El armario contenía todo lo que el Viejo de los Alpes necesitaba para vivir.

Cuando Heidi vio abierto el armario, acudió corriendo y tiró el paquete de ropa en un rincón, detrás de la de su abuelo, donde no era fácil que se perdiera. Luego examinó atentamente la habitación y los enseres, y por fin dijo:

—¿Dónde dormiré yo, abuelito?

—Donde quieras —respondió éste.

Cerca del rincón en el que estaba la cama del abuelo había una escalera de mano apoyada contra la pared, que conducía al desván de la cabaña. Por ella subió Heidi ágilmente y descubrió arriba un montón de oloroso

heno. Una pequeña ventana redonda permitía ver desde el desván todo el valle.

—¡Qué bien se está aquí! —exclamó gozosa la pequeña —Aquí quiero dormir, abuelito. ¡Sube y verás qué bonito es esto!

—Ya lo conozco —contestó el Viejo.

—Ahora voy a hacerme la cama —volvió a decir la niña, corriendo de un lado para otro—, pero es preciso que subas y me traigas una sábana.

—¡Está bien, ahora voy! —respondió el abuelo, y en seguida se dirigió al armario.

Rebuscó en su interior durante un rato y por fin extrajo un gran trozo de tela basta. El lecho que Heidi se había preparado sobre el suelo del desván no desagradó al anciano.

—Muy bien, así me gusta —dijo el abuelo—; aquí traigo la sábana, pero antes de ponerla, espera un poco.

Y diciendo esto, cogió más heno y aumentó el espesor del lecho para que la niña no notara la dureza del suelo.

Su abuelo la ayudó a extender la sábana y una vez colocada, Heidi se detuvo pensativa ante su obra.

—Nos hemos olvidado una cosa, abuelito —dijo a poco.

—¿Qué es?

—La manta.

—Espera un momento —dijo el anciano, y descendió la escalera; se dirigió a su cama y volvió poco después con un gran saco de pesado lienzo.

Pronto quedó extendida la tela de saco sobre el lecho improvisado. Heidi quedó de nuevo contemplando la obra y por fin exclamó:

—La manta es muy bonita y la cama me gusta mucho, mucho. Quisiera que fuera de noche, para poder acostarme ya en ella.

—Creo que será mejor que vayamos a comer algo —respondió el abuelo—. ¿Qué te parece a ti?

En su afán de prepararse la cama, Heidi había olvidado todo lo demás. Pero al oír hablar de comida, advirtió de pronto que, en efecto, sentía hambre.

—Sí, sí, vámonos a comer algo.

El Viejo se dirigió al hogar, descolgó un caldero grande que estaba suspendido de la cadena sobre los rescoldos del hogar, lo reemplazó por uno más pequeño y se sentó sobre un taburetito para avivar el fuego. Pronto empezó a hervir el contenido del pequeño caldero; mientras tanto, el abuelo había cogido unas

tenazas de hierro y sostenía sobre el fuego un gran trozo de queso, dándole vueltas con lentitud hasta que estuvo dorado. Heidi había seguido aquellos preparativos con mucha atención, tuvo una idea y se alejó del hogar y empezó a ir y venir del armario a la mesa. El abuelo concluyó por fin su faena junto al hogar y se acercó a la mesa con un cazo en la mano y el queso asado en la otra sujeto al extremo de las tenazas. Cuando se aproximó a la mesa, la halló ya puesta; sobre ella reposaba un pan, dos platos hondos y dos cuchillos.

—Muy bien, pequeña; me gusta que sepas pensar un poco —dijo el anciano en tono de alabanza—, pero aún falta algo en la mesa.

Al reparar en el vapor delicioso que salía del cazo, Heidi comprendió lo que quería su abuelo y se dirigió rápidamente al armario. En él, sólo había un tazón, pero en el mismo estante había dos vasos; la pequeña regresó a la mesa y colocó allí la taza y un vaso.

—Muy bien, veo que sabes salir del paso, pero ¿dónde vas a sentarte?

El único asiento alto que había en la casita era el del abuelo. Heidi corrió como una flecha hacia el hogar, cogió el taburetito y lo colocó ante la mesa, sentándose en él.

—Ahora ya tienes asiento, es verdad, pero es muy bajo y apenas llegas a la mesa —dijo el anciano, añadiendo en seguida—: Espera un poco que voy a arreglarlo.

Se levantó, llenó la taza de leche y la puso sobre el taburete grande acercando a éste el taburetito, en el que mandó sentarse a la niña; de aquella forma el asiento mayor servía de mesa a Heidi. Después colocó en él un gran pedazo de pan y un trozo de queso dorado.

—Ahora come, hija mía —dijo y se sentó en una esquina de la mesa para comer él también.

Heidi no se hizo repetir dos veces la orden; asió la taza y bebió el contenido de un tirón.

—¿Te gusta esta leche? —preguntó el abuelo, satisfecho al ver con qué apetito había bebido la niña.

—Nunca la he bebido tan buena —contestó Heidi.

—Pues entonces quiero que bebas más —dijo el Viejo, y llenó la taza otra vez hasta el borde.

Heidi comía con gran apetito el pan, sobre el que había extendido el queso asado, tierno como la mantequilla.

Terminada la comida, el Viejo salió para limpiar y poner en orden el establo de las cabras. Heidi no le perdía de vista mientras hacía aquel trabajo. Después de poner en el suelo paja fresca para los animales, el abuelo se dirigió a un pequeño cuarto adosado en la parte posterior de la casa. Allí cogió madera, aserró tres trozos de igual tamaño y luego cortó una tabla redonda, en

la que hizo tres agujeros, introdujo en ellos los trozos que antes había cortado y los sujetó con clavos.

—¿Sabes lo que estoy haciendo? —preguntó el abuelo.

—Un taburete para mí, porque es muy alto. ¡Y en qué poco tiempo lo has terminado! —exclamó la pequeña, que no salía de su asombro.

«Ella comprende lo que ve, tiene buenos ojos», se dijo el abuelo al dar la vuelta a la casa, armado de sus herramientas y de algunos trozos de madera, dando aquí y allá un martillazo, asegurando la puerta, reparando un desperfecto aquí y otro allá. Heidi le seguía paso a paso, sin quitarle el ojo de encima y encontrándolo todo muy divertido, tanto que llegó la noche sin que se hubiera dado cuenta del tiempo transcurrido.

De pronto sonó un agudo silbido. Heidi vio que su abuelo avanzaba hacia el sendero. Eran Pedro y sus cabras que bajaban, como todas las noches, de los prados de pasto. Heidi se colocó en medio del rebaño, dando gritos de alegría y acariciando una tras otra a sus amigas de la mañana. Dos lindas cabras, blanca la una y de color castaño la otra, avanzaron y fueron a lamer la mano del Viejo, que les ofreció un poco de sal. Luego Pedro desapareció con el resto del rebaño. Heidi acarició tiernamente a las dos cabritas y empezó a dar saltos a su alrededor llena de alegría. Después comenzó a hacer preguntas:

—¿Son nuestras estas cabritas, abuelito? ¿Duermen en el establo? ¿Las tendremos siempre aquí?

El abuelo apenas tenía tiempo de responder con un «sí» lacónico al torrente de preguntas de la pequeña.

Cuando las cabritas terminaron de lamer la sal, el Viejo dijo a Heidi:

—Ve a buscar tu tazón y tráete el pan.

Heidi obedeció y regresó al instante. El abuelo empezó a ordeñar la cabrita blanca y cuando tuvo el tazón lleno, cortó un trozo de pan y dijo:

—Esto es para ti; tómallo pronto y vete a dormir. Yo ahora voy a meter las cabras en el establo. Buenas noches, Heidi.

—Buenas noches, abuelito, y que descanses. ¿Cómo se llaman, abuelito? Dime sus nombres —exclamó la pequeña corriendo detrás del Viejo y de las cabras.

—Esta se llama Blanquita y aquélla Diana —replicó el abuelo.

—¡Adiós, Blanquita; adiós, Diana! —gritó Heidi con todas sus fuerzas mientras las cabras entraban en el establo.

Heidi se sentó después en el banco que había delante de la casa, para beber la leche y comer el pan. Apenas se metió en el lecho quedó profundamente dormida y tan bien como si se hubiera hallado en la cama de una princesa.

Un momento después, y antes de que anocheciera por completo, el Viejo se acostó también, porque se levantaba todas las mañanas a la salida del sol.

A media noche el Viejo se despertó murmurando para sí: «Seguramente tendrá miedo allí arriba», y trepó por la escalera para ver lo que hacía la pequeña.

La luna brillaba en el firmamento, y a veces su disco plateado quedaba oculto por grandes nubes que el viento arrastraba en loca carrera. De pronto la blanca claridad del astro de la noche penetró por la ventana del desván y proyectó sus rayos sobre el lecho en que descansaba la niña. Heidi dormía profunda y tranquilamente. Parecía que soñaba con cosas agradables, porque una expresión de feliz satisfacción resplandecía en su carita de ángel.

El abuelo contempló largo rato a la niña; luego la luna volvió a esconderse detrás de las nubes y, sin hacer ruido, el Viejo volvió a su lecho en la oscuridad.

---

### III. UNA JORNADA EN LOS ALPES

UN SILBIDO agudo despertó a Heidi a la mañana siguiente. Al abrir los ojos vio que el sol penetraba por la pequeña ventana. Cuando oyó la voz profunda de su abuelo, que hablaba con alguien delante de la casa, todo lo sucedido el día anterior volvió de pronto a su memoria.

Heidi saltó de la cama y se vistió en pocos minutos. Sin tardanza bajó la escalera y salió de la casita. Delante de ella estaba Pedro, con su rebaño, y el abuelo, que en aquel momento abría el establo para hacer salir a sus dos cabras. Heidi corrió al encuentro de éstas para darles los buenos días al mismo tiempo que a su abuelo.

—¿Quieres ir a los pastos? —le preguntó el Viejo. Heidi, al oír tal proposición, saltó de alegría. —Pues entonces ve a lavarte.

El anciano metió en el zurrón de Pedro un buen pedazo de pan y otro no menos grande de queso.

Pedro contemplaba con ojos asombrados la cantidad de comida destinada a Heidi, el doble de la que él llevaba para sí.

—Has de llevarte también un tazón, porque la pequeña no sabe beber como tú directamente de las ubres de las cabras. Tú le ordeñarás dos tazones de leche al mediodía. Y ten cuidado de que no se caiga por algún precipicio.

Los dos niños emprendieron alegremente su camino, seguidos por las cabras. Las pequeñas flores azules y amarillas de los Alpes abrían gozosas sus corolas para recibir los cálidos rayos del sol y parecían sonreír a Heidi. Los prados estaban cuajados de ellas.

Los pastos donde Pedro acostumbraba a llevar a paecer sus cabras durante la jornada se hallaban en la falda de unos altísimos picos que alzaban al cielo sus cimas desnudas y abruptas. El prado lindaba, por un lado, con el borde de un precipicio cortado a pico.

Cuando llegaron al prado, Pedro se quitó el zurrón y lo colocó cuidadosamente en un hueco del terreno, porque sabía que si las ráfagas de viento empezaban a soplar fuerte, podrían precipitar sus provisiones montaña abajo. Después de tomar esta precaución, el pequeño pastor se tendió cuan largo era sobre el césped soleado para reponerse de la fatiga de la ascensión.

Heidi se sentó al lado. Abajo, el valle estaba inundado por la brillante luz de la mañana; frente a Heidi extendíase, a bastante distancia, un enorme ventisquero; a la izquierda se alzaba una gigantesca masa de rocas. Heidi contemplaba con asombro el majestuoso paisaje. Un gran silencio circundaba a los niños.

De pronto Heidi oyó un grito penetrante. Levantó los ojos y vio un enorme pájaro, mayor que cuantos había visto hasta entonces, que se cernía por encima de ella con las alas desplegadas y describiendo anchos círculos mientras lanzaba roncós y fieros graznidos.

—¡Pedro! ¡Despiértate! —exclamó Heidi—. ¡Allí está el gavilán!

Pedro se levantó rápidamente y contempló también el ave de presa, que volaba cada vez más alto y que al fin desapareció detrás de las rocas grises.

Después Pedro se puso a silbar y a llamar con tanta fuerza, que Heidi se preguntó, asustada, qué iba a pasar. Mas, al parecer, las cabras conocían muy bien aquellas señales porque iban llegando una tras otra y en poco tiempo el rebaño estuvo nuevamente reunido.

Pedro extrajo el contenido de su zurrón, colocó los alimentos sobre el zurrón vacío y puso los grandes pedazos destinados a Heidi en el lado opuesto al de su menguado almuerzo. Luego tomó el tazón, ordeñó a la cabra Blanquita y puso el tazón lleno en medio del «mantel». Después llamó a Heidi.

—¿Ya has acabado de saltar? Es la hora de comer; siéntate y empieza —dijo Pedro.

—¿Es para mí esta leche? —preguntó Heidi.

—Sí —respondió el pastorcillo—, y los dos grandes pedazos que ahí ves, también son para ti.

Heidi bebió la leche y cuando hubo terminado, Pedro se levantó para llenar el tazón por segunda vez. La niña cortó entonces el pan en dos trozos y ofreció la parte mayor a su amiguito, con todo el queso que estaba destinado a ella, diciendo:

—Toma esto, yo tengo bastante con este pedazo.

Pedro se quedó mudo de sorpresa. Al ver que él no alargaba la mano, con un gesto resuelto se lo colocó Heidi encima de las rodillas. Pedro dio principio a una comida como no la había tenido en todos los días de su vida.

Al cabo de un rato Heidi logró aprender los nombres de las cabras. La pequeña Blancanieves balaba tan las-

timeramente, que Heidi había acudido junto a ella varias veces para ver lo que le pasaba.

—Lo hace porque la Vieja ya no viene con nosotros. La han vendido la semana pasada.

—¿Quién es la Vieja? —preguntó Heidi.

—¡Pues la madre de Blancanieves! —contestó Pedro.

—¿Dónde está la abuela? —exclamó la pequeña.

—No tiene.

—¿Y el abuelo? —Tampoco tiene.

—¡Pobre Blancanieves! —exclamó Heidi acariciándola—. Ahora ya no tienes que quejarte porque yo vendré todos los días y no estarás ya tan solita.

Heidi, con las manitas a la espalda, lo contemplaba todo con la mayor atención.

Entretanto el día había declinado sin que los niños se hubieran dado cuenta de ello: el sol había alcanzado la línea del horizonte y estaba a punto de ocultarse tras las montañas. Un halo dorado parecía resplandecer sobre la hierba y las elevadas rocas

comenzaban también a irradiar luz. Heidi se puso en pie de un salto y exclamó:

—Pedro, Pedro ¡que está ardiendo! ¡Todas las montañas arden! Y la nieve también y el cielo.

—No te asustes. Eso pasa todos los días —respondió Pedro tranquilamente.

—¡Qué preciosa es la nieve de color de rosa! ¡Oh, qué color más lindo aquel de allí arriba! ¡Ah! Todo se vuelve ahora de color gris... ¡Oh, Pedro, todo acabó!

Y Heidi se sentó en la hierba, muy decepcionada, como si realmente todo hubiera acabado.

—Mañana lo verás otra vez —dijo Pedro—. Y ahora levántate que es hora de marchar.

Llamó a silbidos a las cabras para reunir todo el rebaño y pocos momentos después emprendieron él regreso.

Había sufrido tantas emociones aquel día, y su mente bullía con tantas ideas nuevas, que Heidi no podía hablar y los dos niños descendieron en silencio hasta que llegaron a la cabaña del Viejo. Heidi se precipitó hacia su abuelo seguida de Blanquita y Diana.

Pedro exclamó desde alguna distancia:

—¿Verdad que volverás mañana? ¡Buenas noches!

Heidi se volvió rápidamente hacia él para tenderle la mano y para asegurarle que no faltaría al día siguiente.

—¡Oh, abuelito, qué bonito ha sido todo! —exclamó Heidi cuando regresó al lado del Viejo—. ¡El fuego, las rosas sobre las rocas y las flores azules y amarillas!

—Ahora es preciso que vayas a lavarte bien. Yo, entre tanto, he de ir al establo para ordeñar las cabras.

Más tarde, cuando Heidi se sentó en el elevado taburete y tuvo delante su tazón de leche y el Viejo a su lado, la niña preguntó:

—Dime, abuelito, ¿por qué grita tanto el gavilán?

—Pues porque así se burla de las gentes que viven amontonadas en pueblos y ciudades y se molestan unas a otras.

Heidi quería saber de dónde venía aquel fuego que hubo antes de oscurecer, porque Pedro no había sabido qué contestar a sus preguntas.

—Verás —dijo el abuelo—. Eso es un efecto de los rayos del sol. Cuando el sol se pone y da las buenas noches a las montañas, les envía sus últimos y más bonitos rayos para que no se olviden hasta el día siguiente.

A Heidi le gustó mucho lo que su abuelo le había contado y apenas podía esperar la llegada del nuevo día para volver a subir a los prados de pastos y para ver

otra vez cómo el sol daba las buenas noches a las montañas.

Pero había llegado la hora de acostarse. La niña durmió toda la noche de un tirón sobre su lecho de heno perfumado y soñó con grandiosas montañas de rocas carmesí y, sobre todo, con las alegres piruetas de las cabritas.

---

#### IV. LA CASITA DE LA ABUELA

A LA MAÑANA siguiente el sol amaneció tan radiante como el día anterior. Con él aparecieron de nuevo ante la cabaña Pedro y sus cabras, a la hora acostumbrada; los dos niños y el rebaño emprendieron el camino hacia los campos de pastos. Así transcurrió el verano. Cuando llegó el otoño, el abuelo solía decir con insistencia:

—Hoy te quedarás en casa, Heidi, porque el viento es muy fuerte.

Lo que más le gustaba a la niña era el poder ir con el pastorcillo y las cabras al monte, pero también le entretenía mucho observar el trabajo que realizaba su abuelito, que siempre dedicaba su tiempo a algo útil, con martillo, sierra y clavos en la mano; o se dedicaba a preparar los famosos quesos de los Alpes.

Luego aumentó el frío. Una mañana todo amaneció blanco.

Desde aquel día, Pedro el cabrero dejó de subir al monte con sus cabras. Heidi, sentada junto a la ventana, contemplaba cómo caían los grandes copos de nieve sin interrupción, mientras crecía la densa capa que cubría

el suelo. Un día cesó de nevar y el Viejo salió afuera y empezó a abrir un sendero a través de la muralla blanca que cubría la puerta y a librar la casa de su peso.

El abuelo realizó aquel trabajo en momento muy oportuno porque cuando él y Heidi se hallaban por la tarde sentados junto al fuego del hogar, oyeron recios golpes en la puerta y patadas en el suelo. A poco entró Pedro, el pastorcillo, que había sido el causante de aquel ruido al quitarse la nieve de los zapatos y de la ropa. No había querido esperar un día más para volver a ver a Heidi.

—Buenas tardes —dijo al entrar—, y, colocándose inmediatamente junto al fuego, quedó silencioso.

Sin embargo, su rostro expresaba la alegría que le causaba hallarse de nuevo en compañía de su amiguita.

—Bien, general, ¿cómo te van las cosas? —preguntó el abuelo—. Ahora te has quedado sin ejército y tienes que morder el lapicero.

—¿Por qué ha de morder el lapicero, abuelito? —preguntó la curiosa Heidi.

—Durante el invierno, Pedro tiene que ir al colegio —explicó el anciano—; allí se aprende a leer y a escribir y eso, a veces, resulta muy difícil y obliga a morder un poco el lapicero, ¿no es verdad, general?

—Sí, es verdad —confirmó Pedro.

Heidi demostró inmediatamente un gran interés por el colegio. Abrumó a Pedro de preguntas sobre lo que pasaba allí, quería saberlo todo.

El anciano permanecía silencioso durante la conversación de los niños, pero más de una vez se dibujó una leve sonrisa en su rostro, lo que era señal indudable de que escuchaba atentamente.

—Bueno, general, ahora ya has hablado bastante —dijo al cabo de algún tiempo—, ahora necesitas recuperar las fuerzas. Ven, que nos harás compañía.

Al decir estas palabras, se levantó y se acercó al armario a fin de preparar lo necesario para la cena. Desde que la niña había ido a vivir en la cabaña, el anciano, además del taburete alto y de otro muy bajo, ambos para Heidi, había construido un banco muy largo junto a la pared y otros más pequeños en los que cabían dos personas, porque a la pequeña le gustaba mucho sentarse al lado de su abuelito. Había, por tanto, asientos para los tres. Pedro abrió desmesuradamente sus ojos saltones cuando vio el enorme trozo de carne ahumada que el Viejo colocaba sobre el pedazo de pan que le había destinado. Hacía muchísimo tiempo que el chico no había participado de semejante festín.

Al terminar la cena era casi de noche y Pedro se dispuso a marchar. Había dicho su «Buenas noches» y «Gracias», y se hallaba en el umbral de la puerta cuando volvió sobre sus pasos para dirigirse a Heidi:

—Volveré el domingo que viene —dijo— y me ha mandado decir la abuela que podrías visitarla también alguna vez.

Al día siguiente, la primera cosa que dijo Heidi a su abuelo fue:

—Abuelito, es preciso que vaya a ver a la abuela. Ella me espera.

—Hay mucha nieve en el camino —respondió el Viejo.

No transcurrió ni un solo día sin que la niña lo repitiera seis o siete veces:

—Abuelito, hoy debería ir a ver a la abuelita: me está esperando.

Cuatro días después de la visita de Pedro, cayó una fuerte helada, pero el sol enviaba raudales de sus rayos al interior de la cabaña desde un cielo despejado.

Aquel día el abuelo se levantó, subió sin decir nada al desván donde guardaba el heno y dormía Heidi y bajó con la tela de saco que servía de colcha en la cama de la niña; luego dijo:

—Vamos.

Heidi no se hizo repetir la orden, saltó de su asiento y se precipitó fuera de la casa.

El Viejo entró en el cobertizo y salió de él arrastrando un gran trineo.

El abuelo envolvió a Heidi en la tela de saco, se sentó en el trineo y puso a la niña sobre sus rodillas; luego asió el travesaño de guiar y dio un vigoroso empujón con los pies. El trineo partió como una flecha; Heidi lanzaba gritos de alegría mientras avanzaban velozmente. De pronto el trineo se detuvo casi en seco. Habían llegado a la cabaña de Pedro. El Viejo bajó a la niña y dijo:

—Ahora entra y cuando comience a oscurecer te preparas para regresar.

Luego dio la vuelta al trineo y, arrastrándolo tras sí, emprendió la subida a la casita.

Heidi abrió la puerta de la cabaña de Pedro. Era una choza en la que todo parecía bajo y estrecho. Heidi vio ante sí una mesa junto a la que una mujer sentada remendaba el chaleco de Pedro. En un rincón del cuarto hilaba una viejecita arrugada. La niña comprendió inmediatamente quién era aquella anciana y sin vacilar, se dirigió hacia ella, diciendo:

—Buenos días, abuelita. Hoy he venido a verte. ¿Se te ha hecho muy larga la espera?

La viejecita levantó la cabeza y buscó con su mano la que le ofrecía Heidi; cuando la hubo cogido, la retuvo un momento sin hablar. Al fin dijo:

—¿Eres tú la nieta del Viejo de los Alpes? ¿Eres tú la pequeña Heidi?

—Sí, sí, soy yo —respondió la niña—. El abuelo acaba de traerme aquí en el trineo.

—¿Es posible? ¡Y qué calor tienes en la mano! ¿Qué aspecto tiene, Brígida?

—Se parece mucho a Adelaida, pero tiene los ojos negros y el pelo encrespado como lo tenía Tobías y lo tiene el Viejo: creo que se parece a los dos.

Durante aquella conversación, Heidi no había perdido el tiempo y observó todos los detalles de aquella habitación.

—Abuelita —dijo—, mira aquella contraventana que está suelta y da golpes. El abuelito la fijaría en seguida con un clavo, porque si no, con los golpes, un día romperá los cristales.

—Hija mía —respondió la anciana—, yo no puedo verlo como tú, pero lo oigo. Y no es solamente la contraventana, toda la casa parece venirse abajo si juzgamos por los crujidos que da.

—Pero, abuelita, ¿por qué dices que no puedes ver cómo se mueve la contraventana? ¡Fíjate cómo se mueve ahora!

Y Heidi señaló con la mano lo que quería que la anciana viese.

—¡Ay, hija mía! Yo no puedo ver ya nada, ni contraventanas ni otras cosas —repuso la anciana suspirando.

Heidi se echó a llorar amargamente y llena de pesar sollozaba.

—¿Es que nadie puede hacer que veas, nadie?

La anciana trató de consolar a la pequeña, pero le costó mucho trabajo hacerla callar. Después de haber agotado todos los medios para calmar su dolor, la abuelita dijo al fin:

—Ven aquí, mi buena Heidi, acércate mucho, que quiero decirte una cosa. Cuando ya no se puede ver nada, es muy agradable oír palabras amables, y yo quisiera escucharte a ti. Ven, siéntate a mi lado y cuéntame cosas. Dime qué haces allí arriba y lo que hace el abuelo.

Heidi se secó rápidamente las lágrimas y dijo en tono consolador:

—Ya verás, abuelita, cuando yo le cuente todo al abuelito, él hará que té veas y también te arreglará la casa para que no haga más ruido cuando sopla el viento. El abuelito sabe arreglarlo todo.

La anciana permaneció silenciosa y Heidi empezó a contarle con mucha viveza cómo vivía con su abuelo, lo que hacía durante los días de invierno. A medida que iba contando, se animaba más al recuerdo de tantas cosas bonitas que había visto fabricar de un sencillo trozo de madera.

De pronto la conversación quedó interrumpida por un gran — ruido que sonó en la puerta y fue seguido por la inopinada entrada de Pedro. Al ver a Heidi, se detuvo en seco y abrió desmesuradamente sus grandes y redondos ojos. Luego hizo la más amable de sus muecas, mientras Heidi le saludaba con estas palabras:

—Buenas tardes, Pedro.

—¿Pero es posible que el chico ya haya venido del colegio? —exclamó la anciana sorprendida—. Hace muchos años que la tarde no me había parecido tan corta como hoy. ¡Buenas tardes, Pedro! ¿Cómo van los estudios?

—Lo mismo que siempre —contestó Pedro.

—¡Ay! —suspiró la vieja—, espero que ahora que vas a cumplir doce años las cosas cambiarán.

—¿Por qué cambiarán las cosas, abuelita? —preguntó Heidi inmediatamente.

—Quiero decir que Pedro podrá aprender a leer —respondió la anciana—. Allí encima de aquella tabla hay un libro muy antiguo que contiene canciones muy hermosas. Hace ya tantísimo tiempo que no las oigo cantar que las he olvidado, y espero que cuando Pedro esté más adelantado pueda leerme de cuando en cuando alguna canción. Pero dice que no puede aprender a leer, que es demasiado difícil para él.

—Creo que debemos encender ahora la lumbre, porque ya está oscureciendo —dijo entonces la madre de Pedro, que no había dejado un momento de mover la aguja—. También a mí se me ha pasado la tarde sin darme cuenta.

A las primeras palabras de Brígida, Heidi se había levantado y, tendiendo la mano a la abuela, dijo:

—Adiós, abuelita. Ahora he de marcharme porque está oscureciendo.

Los dos niños apenas habían dado veinte pasos por el sendero cuando vieron que el Viejo bajaba a toda prisa a su encuentro.

—Muy bien, Heidi, así me gusta, has cumplido tu palabra —dijo envolviéndola al mismo tiempo en la colcha.

Y sin detenerse, la cogió en brazos y emprendió el regreso. Apenas habían entrado en la cabaña y Heidi se vio libre del abrigo, exclamó impetuosa:

—Abuelito, mañana has de coger el martillo y clavos grandes para clavar los postigos de la choza de la abuela y muchas otras cosas.

—¿Tú crees que debo ir? ¿Es que han dicho que vaya?  
—preguntó el Viejo.

—No, nadie me ha dicho nada —replicó Heidi—, pero todo está roto. Y fíjate, abuelito, la abuelita ya no puede ver. ¿Verdad que tú también harás que ella vea?

Heidi había abrazado al anciano y le miraba con sus ojos dulces, llenos de confianza. El Viejo la miró un momento sin hablar, pero al fin dijo:

—Bien, bien, niña, se puede reparar un poco la cabaña de la abuela. Mañana veremos eso.

A la tarde del día siguiente bajaron otra vez en el trineo y, como el día anterior, el anciano dejó la niña a la puerta de la choza diciendo:

—Entra y cuando empiece a oscurecer, prepárate a regresar.

Heidi se precipitó en brazos de la abuela y después de saludarla arrimó un taburete y se sentó a su lado, comenzando inmediatamente a contar y a preguntar un sinnúmero de cosas. De pronto oyeron golpes muy fuertes en la pared de la choza y la abuela se sobrecogió de miedo, la rueca cayó de sus manos y exclamó con voz temblorosa:

—¡Misericordia! Ya lo decía yo, ¡la casa se viene abajo!

Pero Heidi la cogió cariñosamente de las manos y explicó:

—No, no, abuelita, no tengas miedo. Es el abuelito, con su martillo; va a clavar toda la casa para que nunca más pases miedo.

—¿Pero es posible que suceda esto? ¿Has oído, Brígida? ¿Oyes? Sí, sí, es el ruido de los golpes de un martillo. Sal, Brígida, y si es el Viejo de los Alpes, dile que entre un momento para que yo pueda darle las gracias.

El Viejo estaba precisamente a punto de fijar otro clavo en la pared. La madre de Pedro avanzó hacia él.

—Le deseo buenas tardes —dijo— y la madre también. Le estamos muy agradecidos y la madre quisiera darle las gracias.

—Basta ya —le interrumpió ásperamente el Viejo—. Ya sé muy bien lo que pensáis del Viejo de los Alpes. Entra en casa y no te preocupes por mí.

Brígida obedeció inmediatamente. Empezaba a oscurecer cuando el Viejo clavaba el último clavo. Entonces fue a buscar el trineo. En aquel momento, Heidi apareció en el umbral de la puerta. El abuelo la abrigó cuidadosamente, la cogió en brazos como la noche anterior, y luego echó a andar sendero arriba arrastrando con la mano libre el trineo. Hubiera podido sentar a Heidi en él, pero corría peligro de que la manta se soltara y la pequeña se helase durante el camino.

Cada tarde la anciana esperaba con ansiedad oír los pasos menudos y familiares de Heidi y apenas la pequeña abría la puerta y entraba en la habitación, no dejaba de exclamar nunca:

—¡Bendito sea Dios! ¡Ya está aquí!

Heidi no dejaba de bajar a la choza ninguna tarde por poco que el tiempo invernal lo permitiera. El Viejo, sin que mediara entre ellos una palabra, bajaba también con martillo y herramientas y pasaba muchas tardes remendando la destartalada choza de Pedro el cabrero. Desde entonces, en las largas noches de tempestuoso viento invernal, la casa ya no crujía como antes y la anciana afirmaba que desde hacía muchísimo tiempo no había dormido tan tranquila, y que nunca olvidaría la bondad del Viejo de los Alpes.

---

## V. VISITAS INESPERADAS

LA NIÑA iba a cumplir pronto nueve años. Su abuelo le había enseñado toda clase de cosas útiles: sabía cuidar las cabras tan bien como cualquiera, y Blanquita y Diana seguíanla por todas partes como perritos, balando de alegría cuando oían su voz. Aquel último invierno, Pedro había traído dos veces recado del maestro de la escuela de Dörffi para que el Viejo de los Alpes mandara a su nieta al colegio, porque tenía la edad reglamentaria y hubiera debido ingresar en la escuela el invierno anterior. Ambas veces, el Viejo había mandado decir que fuera lo que fuese, él no pensaba mandar a la niña al colegio.

El sol del mes de marzo había derretido la nieve de las laderas soleadas de las montañas; en el valle brillaban ya las blancas margaritas. Más arriba, en los prados y pastos, los abetos y alerces, libres del peso del manto de nieve, movían alegremente las anchas ramas. Era tanta la alegría que causaba a Heidi el regreso de la primavera, que la niña no podía estarse quieta; salía a cada momento de la cabaña, daba una vuelta por las cerca-

nías y regresaba al poco rato para contar a su abuelo los progresos que había advertido en los brotes del follaje de los árboles y la extensión que alcanzaba el verde césped de los prados.

Una hermosa mañana de marzo y después de salir y entrar por décima vez, al franquear de nuevo el umbral de la puerta, la niña se halló de pronto frente a un anciano señor que iba vestido de negro y que la miraba con mucha seriedad.

Aquel señor era nada menos que el viejo sacerdote de Dörffi, que conocía al abuelo de Heidi desde hacía muchísimo tiempo. El sacerdote entró resuelto en la cabaña, fue en derechura hacia el Viejo y le dijo cordialmente:

—Buenos días, amigo.

El abuelo, muy sorprendido, levantó la cabeza, que tenía inclinada sobre su labor, y se puso en pie diciendo:

—Buenos días, señor cura. Haga el favor de tomar asiento, si es que no desdeña un taburete de madera —añadió ofreciéndoselo al visitante.

—He venido para hablarle —continuó el visitante—. Me parece que debe adivinar lo que me trae aquí. Espero que llegaremos a entendernos fácilmente si quiere decirme cuáles son sus intenciones respecto a...

El sacerdote enmudeció y miró de soslayo a Heidi.

—Heidi, vete un ratito a ver las cabras —dijo el abuelo—. Llévalas un poco de sal si quieres, y quédate allí hasta que yo vaya.

Heidi desapareció rápidamente.

—Esa niña hubiera debido ir al colegio hace un año —continuó el cura—. El maestro se lo ha advertido a usted repetidas veces, pero jamás se ha dignado contestar. ¿Cuáles son sus intenciones acerca de esa niña, querido amigo?

—Tengo la intención de no enviarla a la escuela.

Ante una afirmación tan categórica, el sacerdote contempló asombrado al Viejo. Este permanecía con los brazos cruzados y aspecto desafiante.

—¿Qué piensa, pues, hacer con la niña? —preguntó por fin el sacerdote.

—Nada. Heidi crece y se desarrolla en compañía de las cabras y de las aves, se encuentra muy bien entre ellas. Nada malo puede aprender en esa compañía.

—Pero, señor, la niña no es una cabra ni un ave; es un ser humano. En esa sociedad, no aprenderá nada en absoluto. El próximo invierno tendrá que enviarla usted a la escuela todos los días.

—Yo no haré nada de eso, señor cura —respondió el Viejo sin conmoverse.

—¿Acaso cree que no hay medios para hacerle entrar en razón? —exclamó el siervo de Dios, que comenzaba a perder la paciencia.

—¿Ah, sí? —exclamó el Viejo y en su voz se notó también cierta agitación—. ¿De modo que usted, señor, cree que debo permitir que una niña tan delicada como mi nieta recorra durante el invierno un camino de dos horas todos los días sin preocuparme del tiempo crudo que pueda hacer, y que por la noche esté obligada a la misma caminata, montaña arriba a despecho del viento, de la nieve y del hielo, cuando nosotros los hombres hechos y derechos, apenas nos atrevemos a hacerlo? Estoy dispuesto a acudir a los tribunales y entonces veremos si pueden obligarme a que haga lo que no quiero hacer.

—Tiene usted muchísima razón, amigo —repuso el cura en tono conciliador—. Es evidente que no puede usted enviar a la niña a la escuela viviendo aquí arriba. Veo que la quiere usted mucho; haga, pues, por amor a ella lo que hace tiempo hubiera debido hacer; baje al

pueblo y viva otra vez entre sus semejantes. ¿Qué vida lleva usted aquí, tan solo, enemistado con Dios y con los hombres? Si le sucediese alguna cosa, ¿quién podría socorrerlo? A fe que no comprendo cómo no ha muerto usted ya de frío durante el invierno en esta cabaña, ni cómo una niña tan delicada ha podido soportar la vida aquí.

—Ruego al señor cura que no se preocupe de eso. La niña es joven, está muy sana y bien abrigada. También sé dónde buscar leña. Usted no tiene más que mirar y verá que mi leñera está repleta. Aquí no se apaga el fuego en todo el invierno. Lo que usted me propone no es para mí; la gente de allá abajo me desprecia y yo les pago con la misma moneda.

—No, no —dijo el sacerdote—. La gente no le desprecia a usted tanto como usted quiere creer. Créame, amigo, haga las paces con Dios y en seguida verá que los hombres le tratarán de otro modo.

El Viejo tendió la mano a su interlocutor y dijo entonces firme y decidido:

—Usted, señor cura, no desea hacer más que el bien, pero, repito, yo no puedo hacer lo que espera de mí, y no cambiaré de opinión ni de vida. Tampoco enviare la niña a la escuela ni bajaré jamás al pueblo.

—¡Que Dios tenga piedad de usted! —contestó el sacerdote. Aquella visita puso al abuelo de muy mal humor. Por la tarde del mismo día, cuando la pequeña expresó el deseo de ir a visitar a la abuela, no obtuvo por contestación más que un lacónico: —¡Ya veremos!

Pero apenas había tenido Heidi tiempo de poner en orden la vajilla de la comida, cuando una nueva visita hizo su aparición en el umbral de la puerta. Era tía Dete la que se presentaba allí tan inopinadamente. Se le había presentado de pronto una ocasión estupenda, que

podía significar la suerte definitiva de la niña. En seguida se había ocupado del asunto y ahora ya se podía considerar como arreglado. Los señores de Dete tenían un pariente inmensamente rico, que vivía en una de las casas más bonitas de Frankfurt. Este señor tenía una hija única que pasaba los días en un sillón de ruedas, porque estaba paralítica de un lado. Esto la obligaba a estudiar en la casa con un profesor particular, pero como se aburría mucho, deseaba ardientemente tener una compañera de estudios. Ahora ¿quién podría predecir la felicidad y el bienestar de Heidi en el futuro? Porque si ésta sabía ganar la simpatía y el cariño de aquellos señores, y le sucediera algo a su hija única, tan delicada que había que temerlo todo, contando que el padre de ella no quisiera prescindir de tener una hija a su lado, ¿quién sabía si tan buena ocasión...?

—¿Has acabado ya? —le interrumpió al fin el Viejo, que hasta entonces la había dejado hablar sin decir él nada.

—¡Caramba! —replicó Dete irguiendo la cabeza—. Parece que le cuente la cosa más corriente del mundo y eso que no hay en todo Praettigau ni una sola persona que no diera gracias al cielo si yo le llevase la noticia que acabo de darle a usted, tío.

—Lleva esas noticias a quien quieras, que yo nada tengo que ver en este asunto —repuso el Viejo secamente.

Al oír aquellas palabras, Dete, que temía no poder salirse con la suya, saltó como un muelle:

—¡Muy bien! —gritó—. Si se pone usted así, le diré lo que pienso. La niña tiene ahora ocho años y no sabe nada de nada y usted tampoco quiere que aprenda nada. Quiere usted impedir que vaya al colegio, que vaya a la iglesia, porque así me lo han dicho abajo en el pueblo. Y como es la única hija de mi hermana, que en paz descanse, y

yo tengo la responsabilidad de su bienestar, no he de ceder en nada, ahora que se presenta la oportunidad de que Heidi haga suerte. Y le advierto que tengo toda la opinión del pueblo a mi lado y que no hay nadie que no me haya prometido su apoyo, y si usted quiere llevar el asunto a los tribunales no olvide, tío, que aún perdura el recuerdo de cosas antiguas que a usted no le gustaría fueran a parar a oídos de los jueces...

—¡Silencio! —exclamó el Viejo con voz de trueno y mirándola con ojos llameantes—. ¡Llévate a la niña y perviértela! ¡Y no vuelvas nunca más aquí con ella!

Y dicho esto, el Viejo salió de la cabaña con pasos lentos.

—Has hecho enfadar al abuelo —dijo Heidi, y en sus negros ojos brilló un relámpago de ira.

—No te apures, pronto se calmará —respondió Dete y añadió con impaciencia—: Ahora vente conmigo, pero antes dime dónde están tus vestidos.

—No quiero ir contigo —respondió Heidi.

—Qué has dicho? —exclamó su tía con enojo. Pero al punto rectificó, añadiendo en tono muy amable—: Tú no has entendido bien, Heidi. Ven conmigo y verás qué bien vas a vivir.

—Que no voy —respondió Heidi con mayor firmeza.

—Pero, ¡no seas testaruda y tonta! ¿No has oído? El abuelo está enfadado ahora y bien claramente ha dicho que no nos quiere ver, de modo que está conforme en que vengas conmigo y es necesario que no hagas que se enfade más. Tú no sabes lo bonita que es la ciudad de Frankfurt y cuántas cosas hermosas verás allí, y si después no te gusta, puedes volver aquí y para entonces el abuelo ya estará otra vez de buen humor.

—¿Puedo volver cuando quiera, esta misma noche? —preguntó la pequeña.

—Ya te lo he dicho: puedes volver cuando quieras.

Tía Dete cogió el hatillo de ropa con una mano y a Heidi con la otra y empezó a descender por el sendero.

En aquel momento, Pedro bajaba del monte con un gran haz de ramas de avellano sobre el hombro. Cuando Dete y Heidi estuvieron muy cerca de él, preguntó:

—¿A dónde vas?

—Tengo que ir a Frankfurt con tía Dete —repuso Heidi—, pero antes he de entrar un momento a ver a la abuela.

—¡No, no!, no puede ser, porque es tarde —interrumpió Dete, sin soltar a la niña de la mano—. Ya entrarás a verla cuando vuelvas. Ahora vamos.

Y sin atender a razones, obligó a Heidi a seguirla porque temía que la madre y la abuela de Pedro desbaratasen sus planes si la niña entraba en la cabaña.

Pedro, al ver que su amiguita se marchaba, entró en la casa enfurecido y arrojó la leña sobre la mesa con tanto furor que la abuela se levantó de la rueca asustada.

—¿Qué pasa, Pedro, qué pasa? —exclamó la pobre vieja, y la madre de Pedro, que también se había puesto de pie muy atemorizada, preguntó—: ¿Qué tienes, Pedro? ¿Por qué estás tan furioso?

—Porque ella se ha llevado a Heidi —exclamó el muchacho.

—¿Quién? ¿Quién? ¿Adónde, Pedro? —preguntó la abuela con renovado temor, pero en seguida adivinó la verdad, pues la madre de Pedro le había dicho poco antes que había visto subir monte arriba a tía Dete. Temblorosa de agitación, la anciana abrió la ventana y empezó a gritar con voz suplicante:

—¡Dete, Dete, no me quites la niña, no me quites a Heidi!

Las dos caminantes oyeron la voz y Dete debió adivinar lo que la abuela gritaba, porque asíó a la niña con más fuerza y echó a correr. Heidi quiso oponer resistencia y dijo:

—Quiero ir a ver a la abuelita, porque me ha llamado. ¡Suéltame, tía Dete!

Pero era precisamente aquello lo que Dete quería evitar. Procuró tranquilizar a la pequeña, diciéndole que cuando estuviese en Frankfurt, encontraría la ciudad tan linda que nunca más querría marcharse, pero que si, de todos modos, deseaba regresar, lo podría hacer en seguida y además podría comprar algún regalo para la abuela.

Esto último animó mucho a Heidi y a partir de aquel momento ya no opuso resistencia alguna al viaje.

—¿Qué podré traer a la abuelita? —preguntó poco después.

—Algo muy bueno —contestó Dete—. Por ejemplo, panecillos blancos muy tiernos. Sé que no puede comer el pan negro y duro, de modo que le darás una gran alegría.

—Es verdad, ella siempre da el pan negro a Pedro y dice: «Es demasiado duro para mí».

Y Heidi apresuró el paso. Dete, al cruzar el pueblo, contestaba a todos sin detenerse:

—Ya lo veis; no puedo detenerme ahora porque la niña desea llegar pronto y aún tenemos mucho camino que recorrer.

Desde la partida de Heidi, el rostro del Viejo de los Alpes parecía a los habitantes del pueblo más adusto y airado en las pocas ocasiones en que bajaba a Dörffi.

El Viejo no se trataba con nadie en la aldea. Pasaba por ella cada vez que descendía al valle, donde vendía sus quesos y compraba sus provisiones de pan y carne.

Los vecinos solían formar grupos a sus espaldas y hablaban de él. Solamente la pobre abuela de Pedro defendía sin desmayo al Viejo, y a quienquiera que fuera a verla para encargarle algún hilado o para recoger algún encargo anterior, le contaba detalladamente lo bueno y cariñoso que el Viejo se había mostrado siempre con la pequeña Heidi y lo que había hecho por ella y por su hija. Las alabanzas de la anciana fueron conocidas en el pueblo, pero nadie quiso creer en ellas. Todos convenían en que la abuela tenía demasiada edad para comprender las cosas y seguramente no habría oído muy bien, porque, además de ser ciega, era también bastante sorda.

La pobre ciega pasaba los días entre suspiros y lamentos por el lento transcurrir de las horas. Ni un solo día discurría sin que dijera:

—Con la niña se nos ha ido todo lo bueno y los días parecen, sin ella, vacíos. ¡Ojalá pudiera tenerla a mi lado una vez más antes de morirme!

---

## VI. COSAS NUEVAS Y ASOMBROSAS

EN CASA del señor Sesemann, en Frankfurt, la única hija, Clara, permanecía todo el día sentada en un cómodo sillón de ruedas que la pobre niña no abandonaba más que para acostarse. Clara pasaba muchas horas en la sala de estudio, en la que había un sinfín de muebles y objetos que adornaban y hacían de aquella habitación un lugar acogedor. Era la habitación donde la niña paralítica recibía diariamente sus lecciones.

Clara tenía un rostro fino, de cutis pálido, en el que brillaban sus ojos azules y bondadosos, que en aquel momento no se apartaban del gran reloj de pared. A la niña le parecía que aquel día las minuterías avanzaban con notable lentitud. Clara, que tenía un temperamento dulce y paciente, exclamó de pronto con impaciencia:

—¡Pero señorita Rottenmeier! ¿Todavía no es la hora?

La señorita Rottenmeier estaba desde hacía muchos años al servicio de aquella familia. Había entrado en la casa a raíz de la muerte de la madre de Clarita, con el fin de hacer las veces de ama de gobierno. El padre de

Clarita, que casi siempre estaba de viaje, no había impuesto más que una condición: que su hija interviniera en todos los asuntos y que no se hiciera nada contra sus deseos.

Mientras en la sala de estudio Clarita preguntaba por segunda vez y con mayor impaciencia, si todavía no había llegado el anhelado momento, abajo, ante la puerta de entrada, se detenía tía Dete con Heidi de la mano.

Dete tiró del cordón de la campanilla y a los pocos minutos apareció en la puerta el portero de la casa, enfundado en una librea cuajada de brillantes botones dorados y con unos ojos casi tan grandes como dos botones.

—Quisiera saber si es momento oportuno para molestar a la señorita Rottenmeier —dijo Dete.

—Eso no es de mi incumbencia —repuso el criado—. Llame usted a la doncella por medio de esa campanilla. Sebastián desapareció sin dar más explicaciones.

Dete volvió a llamar. Apareció en lo alto de la escalera la doncella Tinette, con blanca y almidonada cofia en la cabeza y una sonrisa burlona en los labios.

—¿Qué pasa? —preguntó sin dignarse bajar la escalera.

Dete repitió su pregunta. La doncella desapareció, pero apareció al instante y dijo desde arriba:

—¡Suban que las están esperando!

Dete y Heidi subieron la escalera y penetraron tras la doncella en la sala de estudio.

La señorita Rottenmeier se levantó de su asiento con gestos lentos y dignos y se aproximó a examinar a la nueva compañera de juegos y estudios de la hija de la casa. Al parecer, el aspecto de la pequeña no fue de su agrado. Heidi llevaba un sencillo vestido de algodón y, en la cabeza, un sombrerito de paja, viejo y abollado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el ama de gobierno después de contemplar largo rato a la niña, que no le quitaba los ojos de encima.

—Heidi —contestó la pequeña con voz clara y sonora.

—La señorita Clara ha cumplido ya los doce años. ¿Qué edad tienes tú?

—Tengo ahora ocho años.

—¡Cómo! ¿Sólo ocho años? —exclamó la señorita Rottenmeier con indignación—. ¡Cuatro años menos! ¿Qué pasará, Señor? ¿Y qué has aprendido, niña? ¿Qué libros has pasado en tu clase?

—Ninguno —contestó Heidi.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿No has aprendido a leer? —siguió preguntando la dama cada vez más indignada.

—No he aprendido —respondió Heidi.

—¡Santo cielo! ¿No sabes leer? Pero ¿de verdad que no sabes leer? —exclamó la señorita Rottenmeier con gran asombro—. ¿Cómo es posible? ¿Qué has aprendido, pues?

—Nada —declaró Heidi.

—Oiga usted, joven —dijo el ama a Dete al cabo de breves minutos durante los cuales trató de serenarse—. Todo esto no está de acuerdo con lo convenido. ¿Cómo ha podido traerme a esta niña?

Pero Dete no se dejó aturdir fácilmente y contestó resuelta.

—Si la señorita me lo permite le diré que mi sobrina es precisamente la niña que deseaba, si no recuerdo mal las palabras que usted dijo. Usted quería una niña un poco original y distinta de las demás. Ahora es preciso que me vaya, pues mis señores me están esperando.

Y tras hacer una genuflexión, Dete salió por la puerta y echó a correr escaleras abajo.

Heidi, entretanto, no se había movido de la puerta y Clara observaba silenciosamente la escena desde su sillón. Luego dijo a Heidi:

—Ven aquí.

Heidi se aproximó al sillón.

—¿Cómo te gusta más que te llamen, Adelaida o Heidi? —preguntó Clara.

—Yo me llamo Heidi y nada más —contestó la niña.

—Entonces te llamaré siempre así —afirmó Clara—, porque el nombre te sienta muy bien, aunque yo no lo había oído jamás. ¿Has venido a gusto a Frankfurt? —siguió preguntando Clara.

—No, pero mañana volveré a casa y llevaré panecillos blancos a la abuelita —explicó Heidi.

—¡Qué niña tan extraña eres! —exclamó Clara—. ¿No sabes que te han traído a Frankfurt para que te quedes a mi lado y tomes parte en mis estudios? Pero va a resultar muy divertido porque tú no sabes leer, y va a suceder algo nuevo durante las lecciones. Hasta ahora han sido muy aburridas.

Clara hizo una pausa y luego continuó:

—Verás, todas las mañanas a las diez en punto viene el profesor y entonces comienzan las lecciones, que duran hasta las dos de la tarde; son muchas horas. Pero ahora será todo más divertido y podré escuchar cómo aprendes a leer.

Heidi movió enérgicamente la cabeza cuando oyó lo de aprender a leer, como queriendo decir que ella no lo haría de ninguna manera.

—Sí, sí, Heidi, es preciso que aprendas; todas las personas deben aprender a leer y el señor profesor es muy bueno.

En aquel momento regresó la señorita Rottenmeier, que no había podido alcanzar a Dete y se mostraba muy agitada.

Sebastián entró en la sala para llevar el sillón y la niña al comedor. Mientras arreglaba un tornillo del asiento del coche, Heidi se plantó delante de él y le contempló con fijeza. Sebastián advirtió la insistente mirada de la niña y le preguntó:

—¿Por qué me miras así?

No lo hubiera hecho de haber visto a la señorita Rottenmeier, que en aquel momento cruzaba la puerta, precisamente a tiempo para oír la contestación de Heidi:

—Te pareces a Pedro, el cabrero.

La dama juntó horrorizada las manos y exclamó:

—¿Es posible? ¡Pues no está tuteando a los criados! ¡A esta niña le falta todo, todo!

Sebastián puso fin a la escena empujando el sillón de Clara y llevándolo junto a la mesa, donde la puso en su silla. La señorita Rottenmeier sentóse a su lado e hizo señas a Heidi para que ocupara una silla frente a ella. Nadie más comía en aquella mesa. Junto al plato de Heidi había un panecillo blanco y tierno que la niña contemplaba con alegría. La semejanza que Heidi encontraba en Sebastián debió despertar su confianza hacia el criado, porque le preguntó señalando el panecillo:

—¿Puedo cogerlo?

Sebastián asintió con un movimiento de cabeza. Heidi alargó en seguida la mano, tomó el panecillo y se lo guardó en el bolsillo. Sebastián se limitó a hacer una mueca, porque sentía ganas de reír, pero sabía que no le estaba permitida la libertad. Mudo e inmóvil permaneció junto a Heidi, porque no tenía permiso para hablar, ni tampoco podía marcharse hasta que la niña se hubiera servi-

do. Heidi le miró un rato con ojos asombrados, pero al fin se decidió a preguntar:

—¿He de comer de esto?

Sebastián volvió a asentir con un gesto.

—Pues... dame algo —siguió diciendo la niña, y miró tranquilamente a su plato.

Las muecas de Sebastián iban aumentando y la fuente empezó a vacilar de un modo peligroso en sus manos.

—Puede usted dejar la fuente sobre la mesa y volver luego —dijo con rostro grave la señorita Rottenmeier. Sebastián desapareció al punto. El ama continuó, dando un gran suspiro—: Está visto, Adelaida, que he de enseñarte las reglas más elementales.

Y empezó a explicar clara y detalladamente cómo había de portarse la niña en la mesa.

—Además —siguió diciendo la dama— he de advertirte que en la mesa no has de hablar para nada con Sebastián y fuera de ella únicamente cuando tengas que dirigirle una pregunta perentoria o darle una orden. En tal caso no le has de hablar de tú, sino que debes tratarle de usted. También a Tinette le hablarás de usted. A mí me hablas como oyes que lo hacen los demás. En cuanto a Clara, ella te lo dirá.

—Pues, naturalmente, me llamará Clara —dijo ésta.

Luego vinieron un sinfín de reglas de conducta al levantarse, al acostarse, sobre el modo de entrar y salir, el buen orden de las cosas, el mantener cerradas las puertas. Fueron tantas las advertencias que Heidi terminó por dormirse, porque estaba levantada desde las cinco de la mañana y había hecho un viaje muy largo. Cuando al fin la señorita Rottenmeier dio por terminada su larga explicación, añadió:

—¡Recuérdalo bien todo, Adelaida! ¿Has comprendido bien?

—Heidi hace mucho rato que se ha dormido —exclamó Clara sonriendo.

La pobre niña estaba contenta porque hacía mucho tiempo que la hora de la cena no había sido tan divertida como aquélla.

—¡Es increíble lo que ocurre con esta criatura! —exclamó la dama muy enojada.

Agitó la campanilla con tanta violencia que Sebastián y Tinette acudieron presurosos creyendo que había pasado algo grave.

A pesar del ruido, Heidi no se despertó y entre todos tuvieron que llevarla a la cama.

---

## VII. LA SEÑORITA ROTTENMEIER PASA UN DÍA AGITADO

A LA MAÑANA del día siguiente, cuando Heidi se despertó quedó extrañada de cuanto la rodeaba. Se restregó con fuerza los ojos, miró de nuevo y comprobó que lo que había visto era real: estaba sentada en un gran lecho blanco; ante ella se extendía una gran habitación que le parecía un desierto; largas y blancas cortinas dejaban pasar la luz procedente de las ventanas. De súbito recordó que estaba en Frankfurt.

Saltó del lecho y se arregló en un santiamén. Era todavía muy temprano. Heidi estaba acostumbrada a levantarse con la luz de la aurora. Como un pajarillo que se viera por primera vez encerrado en una bella jaula de oro y que, volando de aquí para allá, tratara de atravesar cada uno de los barrotes de su prisión para lanzarse al aire libre, Heidi iba de una ventana a otra, intentando abrirlas para ver el sol, la hierba verde, las últimas nieves que se derretían en las laderas de la montaña y, en fin, todo aquello que tanto le gustaba contemplar. Aunque tiró, golpeó y trató de introducir los dedos en las rendijas, las ventanas continuaron cerradas her-

méticamente. Cuando vio que todos sus esfuerzos eran inútiles, renunció a abrirlas y se dio a pensar en qué forma podría salir en busca de un prado. Recordaba muy bien que ante la vivienda sólo existían calles adoquinadas. En aquel preciso momento sonaron unos golpecitos en la puerta y Tinette asomó la cabeza y dijo con brevedad: —El desayuno está servido.

Clara, que estaba en el comedor hacía ya un buen rato, saludó a Heidi afectuosamente.

El desayuno transcurrió sin dificultades. Heidi comió su tostada con perfecta corrección. Cuando concluyeron, Clara fue conducida en su sillón de ruedas a la sala de estudio y la señorita Rottenmeier ordenó a Heidi que permaneciera con ella hasta que llegara el señor profesor.

Fue para Heidi una gran sensación de alivio saber por Clara que las ventanas podrían abrirse y que incluso podría asomarse por ellas, pues aún estaba la niña bajo la impresión de hallarse encerrada. Después Clara empezó a hacerle preguntas sobre la vida que ella llevaba en su cabaña y Heidi le habló animadamente de los Alpes, de las cabras y de los pastos. Mientras las niñas hablaban, había llegado el señor profesor, pero la señorita Rottenmeier, en vez de conducirlo, como tenía por costumbre, a la sala de estudio, le hizo pasar al comedor para informarle, haciendo saber al profesor el error que había sufrido respecto a aquella criatura y enumerando todas las ocasiones en que Heidi había dado prueba de una falta absoluta de los principios más elementales. Frente a aquel terrible estado de cosas, ella no veía más que una solución: la de que el señor profesor, después de haber probado a la niña, declarase que dos naturalezas tan diferentes no podrían permanecer juntas sin perjuicio de la más adelantada. Esta razón parecería

muy seria al señor Sesemann y le llevaría a romper el compromiso, restituyendo a Heidi al lugar de donde procedía.

Pero el señor profesor era muy circunspecto y no consideraba jamás los asuntos por un solo lado. Consoló a la señorita Rottenmeier a fuerza de palabras y emitió la opinión de que si, por una parte, la niña estaba muy atrasada, podría ser que en otro aspecto estuviera más adelantada. Por lo tanto, con una buena enseñanza se lograría un perfecto equilibrio. Entonces, viendo que no hallaba apoyo en el señor profesor, la señorita Rottenmeier le hizo entrar en la sala de estudio, adonde se guardó muy bien de seguirle, pues le horrorizaba el alfabeto. Comenzó a dar paseos a lo largo y a lo ancho del comedor. De súbito, sus reflexiones fueron interrumpidas por un cierto rumor que provenía de la sala de estudio, acompañado de gritos que reclamaban la ayuda de Sebastián. La dama acudió asustada y presurosa. ¡Qué espectáculo! En el suelo yacían amontonados todos los libros, los cuadernos, las plumas y el tapete de la mesa, por debajo del cual se deslizaba un negro río que cruzaba toda la habitación. Heidi había desaparecido.

—¡Dios santo! —exclamó la dama enlazando las manos—. ¡El tapete, los libros, la cesta de labores, todo desparramado entre la tinta! ¿Se ha visto jamás cosa semejante?

El señor profesor contemplaba aquel desastre sin despegar los labios y con un gesto de terror. Clara, por el contrario, parecía sumamente regocijada y seguía con interés todas las peripecias del suceso y el efecto que éste producía en la señorita Rottenmeier. Clara fue quien explicó lo que había sucedido.

—Sí, ha sido Heidi la autora; pero no lo ha hecho adrede y no merece ser castigada. Se ha levantado con tanta

precipitación que se ha llevado consigo el tapete y todo se ha venido al suelo. Pasaban unos coches y ésta ha sido la causa de que saliera tan precipitadamente. Puede que en su vida haya visto un coche.

—Bien, señor profesor, ¿no es esto exactamente lo que yo le decía? Esta criatura no tiene la menor noción de nada. No sabe lo que es una lección y mucho menos que las lecciones deban escucharse sin moverse del sitio. Mas ¿dónde está?

La señorita Rottenmeier echó a correr hacia la escalera y bajó por ella precipitadamente. La puerta de la calle estaba abierta y, desde el umbral, Heidi examinaba el exterior atentamente.

—¿A dónde vas? ¿Qué idea te ha traído aquí? ¿Qué significa esto? —le gritó el ama de gobierno.

—He oído el rumor de los árboles, pero no los veo. Además, ahora ya no oigo nada —repuso Heidi sin dejar de mirar hacia el lado de la calle por el que habíase desvanecido el retumbar de los coches, que ella había confundido con el rumor de los abetos cuando el aire agitaba sus ramas.

—¿De los abetos? ¿Estamos acaso en la montaña? ¡Qué estupideces dices! Vamos, ¡arriba en seguida y contemplarás tu hermosa obra!

La señorita Rottenmeier volvió a la sala de estudio seguida de Heidi. Esta permaneció estupefacta ante el desastre que había causado sin darse cuenta.

—Por una vez, pase, pero que no vuelva a suceder —dijo severamente la señorita Rottenmeier señalando el suelo con el dedo—. Ten presente que durante las lecciones has de permanecer tranquilamente en el asiento y escuchar atentamente al señor profesor. Y si no lo haces así, me veré obligada a atarte a la silla. ¿Entendido?

—Sí —repuso Heidi—, pero yo sabré estar quieta sin que me ayude nadie.

Acababa de aprender que durante la lección era preciso permanecer tranquila y quieta.

Ahora correspondía a Tinette y a Sebastián ponerlo todo en orden. El señor profesor se fue, suspendiendo las lecciones hasta el día siguiente. Aquella mañana no había tenido ocasión de bostezar.

Todos los días, después de comer, Clara solía dormir la siesta, debido a lo cual la señorita Rottenmeier había anunciado a Heidi que durante aquel tiempo estaba en libertad absoluta. Por lo tanto, cuando Clara se preparó para dormir y la señorita Rottenmeier se retiró a su habitación, Heidi se dio cuenta de que había llegado el momento de hacer lo que le viniera en gana. Esto era precisamente lo que anhelaba, pues tenía una idea pendiente de ejecución. Mas para ello necesitaba que alguien le ayudara. Se colocó en medio del pasillo para que no se le escapara la persona que había de prestarle ayuda. En efecto, a los pocos instantes Sebastián apareció. Heidi avanzó hacia él.

—¿Cómo se puede abrir la ventana, Sebastián?

—Así. Es muy fácil —dijo el criado abriendo de par en par una de las ventanas del comedor.

Heidi se acercó, pero la ventana era demasiado alta para ver nada. Sebastián le trajo un gran taburete de madera.

Heidi se apresuró a encaramarse en el taburete y, asomando medio cuerpo por la ventana, pudo al fin gozar de la vista tan deseada. Pero en seguida retiró la cabeza. Al júbilo había sucedido el descorazonamiento.

—Sólo se ve la calle adoquinada —dijo la niña tristemente—. Pero si se da vuelta a la casa, Sebastián, ¿qué se ve por el otro lado?

—Exactamente lo mismo —repuso el criado.

—Entonces, ¿a dónde hay que ir para ver hasta muy lejos, hasta el fin del campo?

—Para eso hay que subir a una torre alta, al campanario de una iglesia como aquella que se ve allí con una bola dorada en la cúspide.

Heidi bajó las escaleras y en un abrir y cerrar de ojos se encontró en la calle. Desde la ventana le pareció que el campanario se hallaba en línea recta ante ella, que no tenía más que pasar al otro lado para llegar a él. Pero ahora que se hallaba al fin de la calle, no veía campanario alguno. Tomó otra calle, otra después, sin encontrar lo que buscaba. Pasaba mucha gente por su lado, pero todos con aire de llevar prisa. Al doblar una esquina, vio a un muchacho que llevaba a la espalda un organello de mano y al brazo un animal rarísimo. Heidi corrió hacia él y le preguntó:

—¿Dónde está la torre que tiene en lo alto una bola dorada?

—No sé —repuso el muchacho.

—¿Conoces alguna otra iglesia que tenga campanario?

—Sí, conozco una.

—Entonces acompáñame hasta donde está.

—Enséñame antes tú lo que me darás si voy contigo —repuso el muchacho tendiendo la mano.

Heidi rebuscó en uno de sus bolsillos. De él sacó una estampa que representaba una bella corona de rosas rojas. La contempló durante un momento, porque le dolía desprenderse de ella. Se la había dado Clara aquella misma mañana. ¡Pero si pudiera ver el valle y las verdes laderas de las montañas!

—Toma —dijo Heidi—, ¿quieres esto?

El muchacho retiró la mano haciendo un gesto negativo. —Entonces ¿qué es lo que quieres? —preguntó la niña, volviendo a guardarse la preciosa estampa.

—Dinero.

—Yo no tengo dinero. Pero Clara sí que tiene y me lo dará. ¿Cuánto quieres?

—Veinte céntimos.

—Vamos, pues.

Ambos echaron a andar y mientras recorrían una calle que se alargaba hasta perderse de vista, Heidi preguntó a su compañero qué era lo que llevaba a la espalda cubierto con un paño. El muchacho le explicó que era un órgano del que salía una preciosa música cuando se daba vueltas a la manivela. De pronto se hallaron ante una iglesia de alto campanario. El muchacho se detuvo y dijo:

—Esta es.

Heidi había descubierto una campanilla en la pared y se puso a tirar del cordón con todas sus fuerzas.

—Será preciso que me esperes aquí mientras yo subo, pues no sé el camino y sin que tú me lo enseñes no podría regresar.

—¿Qué me darás?

—¿Qué quieres que te dé?

—Otros veinte céntimos.

De pronto una llave chirrió en la vieja cerradura y la puerta se abrió lentamente. Apareció un anciano.

Tras insistentes ruegos, Heidi, cogida de la mano del viejo campanero, subió muchos, muchísimos escalones, cada vez más estrechos y empinados, hasta que llegaron a lo alto del campanario. El campanero elevó a la niña a la altura de la pequeña ventana.

—Ya puedes mirar todo lo que hay abajo —dijo.

Heidi vio una especie de mar formado por tajados, torres y chimeneas. Retiró enseguida la cabeza y dijo con descorazonamiento:

—No es lo que yo creía.

—¡Habrás visto! ¿Qué puede saber una muñeca de lo que es un panorama? Vamos, volvamos a bajar y no vuelvas a tirar de la campanilla otra vez.

El anciano dejó a Heidi en el suelo y rompió la marcha escaleras abajo. En uno de los rellanos había una puerta que conducía a la habitación del campanero. En un rincón había una gran gata gris y ante ella una cesta. El animal comenzó a maullar amenazadoramente, porque en la cesta estaban sus crías. Heidi se detuvo y contempló con estupefacción a la gata. En su vida había visto un animal tan grande. Ello era debido a que el campanero vivía rodeado de un ejército de ratones y el animal cazaba con facilidad una docena cada día.

El viejo, advirtiéndole la sorpresa de Heidi, le dijo:

—Acércate. Si te ve conmigo no te hará nada, y podrás ver tranquilamente a los gatitos.

Heidi se acercó a la cesta y comenzó a lanzar gritos de asombro y admiración.

—¡Oh, qué bonitos son!, ¡qué chiquitines!

—¿Te gustaría tener uno? —preguntó el anciano, que gozaba viendo la alegría que sentía la niña.

—¿Uno para mí sola? ¿Para tenerlo siempre? —exclamó Heidi sin poder dar crédito a tanta felicidad.

—Sí, sí, sólo para ti.

—¡Si pudiera llevarme dos! Uno para mí y otro para Clara.

—Aguarda un momento.

El anciano cogió con precaución a la gata y se la llevó a su habitación, poniéndola al lado de un platito de leche. Después cerró la puerta y volvió al lado de Heidi.

—Ahora toma los dos gatitos.

Los ojos de la niña relampaguearon de gozo. Escogió uno completamente blanco y otro con listas blancas y grises. Metió uno en el bolsillo derecho de su delantal, y el otro en el izquierdo.

El muchacho estaba todavía sentado en las escaleras.

Poco después llegaron a una gran puerta adornada con una cabeza de león. Heidi tiró del cordón de la campanilla, apareciendo en seguida Sebastián, que apenas vio a la niña, comenzó a gritar:

—¡Vamos, adentro en seguida! Vaya directamente al comedor, donde la mesa le aguarda. La señorita Rottenmeier está que parece un cañón cargado. Pero ¿cómo se le ha ocurrido a la señorita hacer esta escapada?

Heidi entró en la habitación. La señorita Rottenmeier no volvió la cabeza. Clara tampoco dijo nada. Aquel silencio era inquietante. Sebastián colocó en su sitio la silla de Heidi. Cuando ésta estuvo sentada, la señorita Rottenmeier le dijo con rostro severo:

—Adelaida, después he de hablar contigo. De momento no te diré sino que te has conducido como una niña mal educada. Te has marchado de casa sin pedir permiso, sin decir nada a nadie, y estás andando por Dios sabe dónde hasta que se hace de noche.

«Miau», escuchóse por toda respuesta.

Entonces la dama montó en cólera.

—¿Cómo, Adelaida? —exclamó levantando la voz cada vez más—. Después de las faltas cometidas, ¿aún te atreves a burlarte de mí?

—Yo... —balbuceó Heidi.

«Miau, miau».

—Esto es demasiado —quiso decir la señorita Rottenmeier, pero la indignación le cortó la voz. Por fin,

pudo articular—: ¡Levántate y sal en seguida del comedor!

Heidi, aturdida, se levantó de su silla y trató aún de explicarle. «¡Miau, miau!

—Lo he hecho sin querer.

—Pero, Heidi —dijo Clara—, ¿por qué haces «miau» viendo que eso molesta a la señorita Rottenmeier?

—No soy yo la que lo hago, son los gatitos —dijo Heidi, logrando al fin explicarse sin ser interrumpida.

—¿Eh? ¿Qué dices? ¿Gatitos? —exclamó la señorita Rottenmeier—. ¡Sebastián! ¡Tinette! ¡Buscad a esos animales! ¡Echadlos!

Y dicho esto, echó a correr hacia la sala de estudio y se encerró pasando el cerrojo para estar más segura, pues para la señorita Rottenmeier no había animal más terrible que el gato.

Clara tenía los gatitos en el regazo y Heidi estaba arrodillada ante ella. Ambas parecían encantadas con los lindos animalitos.

—Sebastián —dijo Clara—, tenemos necesidad de su ayuda. Nos hace falta un escondrijo para los gatos.

—Yo me encargo de eso, señorita Clara —se apresuró a responder Sebastián.

Hasta mucho tiempo después, a la hora de acostarse, la señorita Rottenmeier no se atrevió a entreabrir la puerta para preguntar por el resquicio:

—¿Han desaparecido ya esos repulsivos animales?

—Sí, señorita —respondió Sebastián, que iba y venía por la habitación inmediata en espera de que le hiciera aquella pregunta.

Con una sola mano se apoderó de los dos gatos que Clara tenía en el regazo y desapareció con ellos. En cuanto al sermón que la señorita Rottenmeier reservaba a Heidi, fue dejado para el día siguiente, pues aquella

noche hallábase aniquilada por las emociones, los sobresaltos, la cólera y el terror que la niña le había causado durante la jornada.

Retiróse en silencio, y las dos niñas la siguieron gozosas, pues sabían que sus gatitos estaban seguros en una buena cama.

---

## VIII. SIGUEN LAS SORPRESAS EN CASA DEL SEÑOR SESEMANN

A LA MAÑANA siguiente, poco después de que Sebastián abriera la puerta al señor profesor y le condujera a la sala de estudios, sonó un campanillazo violento.

Abrió la puerta y se encontró frente a un muchacho andrajoso que llevaba sobre la espalda un organillo de mano.

—¿Qué significa esto? —exclamó Sebastián—. Vaya un modo de llamar. ¿Qué se te ofrece?

—Quiero ver a Clara.

—¡Qué mal educado eres! ¿No podrías decir señorita Clara?

—Me debe cuarenta céntimos —repuso el chicuelo.

—¿Cómo sabes que vive en esta casa una señorita que se llama Clara?

—Ayer le enseñé el camino de ida a la iglesia por veinte céntimos y el de vuelta por otros veinte.

—Ah, vamos! —exclamó Sebastián sonriendo burlescamente—. Entonces se trata de la pequeña señorita.

A buen seguro que habrá vuelto a cometer alguna de las tuyas.

Después hizo pasar al chico y dijo:

—Está bien. Sígueme y espera detrás de la puerta hasta que yo vuelva a salir. Si te hago entrar, tocarás en el organillo una pieza. Ello complacerá a la señorita.

Subió y llamando a la puerta de la sala de estudio entró.

—Hay un muchacho abajo que quiere hablar con la señorita Clara —dijo.

—Que entre en seguida —repuso la niña—. ¿Verdad, señor profesor?

Pero el muchacho, sin esperar a que le dieran permiso, había entrado en la sala y, obedeciendo a una señal de Sebastián, comenzó a tocar el organillo. La señorita Rottenmeier, que estaba en el comedor, oyó aquella música inesperada.

Cruzó a toda prisa el comedor y se apresuró a abrir la puerta. ¿Sería posible? Ante ella, en medio de la habitación, vio un andrajoso organillero que tocaba su instrumento con todas sus fuerzas. El señor profesor parecía intentar decir algo, pero no se oía nada. Clara y Heidi estaban embelesadas, como absortas.

—Cesa de tocar en el acto —exclamó la señorita Rottenmeier; pero su voz quedó ahogada por los sonidos del instrumento. Fue a abalanzarse sobre el pequeño organillero, cuando, de súbito, sintió que sus pies tropezaban con algo. Miró y vio que un terrible animal se arrastraba por el piso. ¡Era una tortuga! La señorita dio un salto como no lo había dado en muchísimos años y exclamó con todas sus fuerzas:

—¡Sebastián! ¡Sebastián!

La pobre mujer se había derrumbado en un sillón.

—Sebastián, haga que se vayan todos; personas y animales. Arrójelos a la calle!

Sebastián se apresuró a obedecer. Hizo salir al muchacho, que se había precipitado a recoger su tortuga, le puso unas monedas en la mano y dijo:

—Toma, los cuarenta céntimos de la señorita Clara y otros cuarenta por haber tocado tan bien.

La calma volvió a reinar en la sala de estudio.

Poco después volvió a sonar la campanilla de la puerta y Sebastián apareció de nuevo para decir que habían traído una cesta para la señorita Clara.

—¿Para mí? Tráigamela en seguida: quiero verla.

Sebastián salió y reapareció momentos después con una gran cesta tapada. La dejó y desapareció de nuevo.

Clara destapó la cesta y, en el acto, saltaron de ella un montón de gatitos que echaron a correr en todas direcciones. Se agarraban a las botas del señor profesor, mordisqueaban sus pantalones, se encaramaban a la falda de la señorita Rottenmeier, le hacían cosquillas en los pies, saltaban alrededor del sillón de Clara, arañaban, maullaban y alborotaban lo indecible. Clara, en el colmo del regocijo, no cesaba de exclamar:

—¡Oh, que preciosidad de animalitos!

Heidi, no menos encantada que Clara, corría tras ellos por la habitación. La señorita Rottenmeier comenzó por quedar muda de asombro en su sillón. Después consiguió dominarse lo suficiente para gritar con todas sus fuerzas:

—¡Sebastián! ¡Sebastián! ¡Sebastián! ¡Tinette!

Sus gritos insistentes hicieron acudir al fin a los dos domésticos. Ambos se dedicaron activamente a la caza de los gatitos y lograron reunirlos todos en la cesta para llevárselos al granero, donde ya estaban instalados los dos hermanitos del día anterior.

Por la tarde, la señorita Rottenmeier averiguó que Heidi había sido la única culpable gracias a su salida del día anterior. Al hacer tal descubrimiento, le dijo severamente:

—Adelaida, no eres ni más ni menos que una niña salvaje. Ya veremos si hay modo de reducirte a la obediencia metiéndote en la cueva de las lagartijas y las ratas.

Fue Clara la que alzó la voz en son de queja.

—¡No, no, señorita Rottenmeier! Espere a que mi papá esté aquí. Ha escrito diciendo que va a llegar de un momento a otro. Se lo contaré todo y él decidirá lo que hemos de hacer.

La señorita Rottenmeier no tuvo más remedio que doblegarse ante aquella orden.

Levantóse, pues, y dijo secamente:

—Está bien, Clara, pero también yo le diré algo al señor Sesemann. —Y salió de la habitación.

Siguieron dos días de calma. La señorita Rottenmeier no salía de su indignación.

Clara, por el contrario, parecía muy satisfecha. Durante la lección no tenía ocasión de aburrirse, pues Heidi hacía las cosas más divertidas del mundo. Barajaba las letras del alfabeto y las confundía sin lograr aprenderlas. Cuando el señor profesor le nombraba un cuero, Heidi exclamaba llena de gozo: « ¡Una cabra! y cuando el señor profesor mencionaba el pico de un ave, la niña exclamaba: «¡Eso es un gavián!»

Después de las comidas se sentaba cerca del sillón de Clara y le relataba larga e incansablemente su vida en casa del abuelo.

Cada día que pasaba en Frankfurt añadía dos panes más a la provisión que guardaba para la abuela.

Al fin, un día, Heidi no quiso esperar más. Se apresuró a hacer un paquete con los panecillos valiéndose del pañuelo rojo, se encasquetó el viejo sombrero de paja y se dispuso a partir. Pero en la puerta de la calle surgió el primer obstáculo a su partida. La señorita Rottenmeier entraba precisamente en aquel momento y al ver a la niña se detuvo y comenzó a examinarla de pies a cabeza, muda de asombro.

Su indignación estalló muy pronto.

—¿Qué significa esta nueva expedición? ¿No te he prohibido terminantemente que vayas a vagar por las calles?

—Yo no voy a vagar por las calles. Sólo quería volver a mi casa —repuso Heidi, que comenzaba a sentir miedo.

—¿Cómo? ¿Qué oigo? ¿Quieres volver a tu casa? —La señorita Rottenmeier unió la manos con ademán de desesperación—. ¿Una fuga? ¡Oh, si el señor Sesemann lo supiera! ¡Fugarte de su casa! Cuídate muy bien de que no llegue cosa semejante a sus oídos, te lo aconsejo. ¿Podrías decirme qué es lo que te disgusta de esta casa?

—¡Quiero irme a mi casa, porque estando tan lejos de mí, Blancanieves es desgraciada, porque la abuelita me espera y porque aquí no se ve cuando el sol dice buenas noches a las montañas!

—¡Socorro! ¡Esta niña se ha vuelto loca! —gritó la señorita Rottenmeier lanzándose hacia las escaleras, donde chocó violentamente con Sebastián, que bajaba—. ¡Hágala subir en seguida a esta desgraciada criatura!

Heidi permaneció inmóvil, con la mirada encendida y temblando a impulsos de una violenta emoción.

—No se deje abatir, señorita —le dijo Sebastián, tratando de animarla—. No se ponga triste. La señorita no ha llorado jamás desde que está en casa, mientras que las demás señoritas lloran lo menos doce veces diarias.

Además, ahí están los gatitos, que saltan y juegan como locos en el granero. Iremos juntos a verlos, ¿verdad? Ya verá cuánto nos vamos a divertir.

Heidi hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Aquel día, durante la cena, la señorita Rottenmeier no despegó los labios.

La niña, después de haberse guardado como todos los días el pan en el bolsillo, permaneció inmóvil y silenciosa sin comer ni beber.

A la mañana siguiente, cuando llegó el profesor, la señorita Rottenmeier le contó el intento de fuga de la niña y las extrañas palabras que profirió. Pero el señor profesor la tranquilizó inmediatamente, asegurándole que si, por una parte, había observado en Adelaida ciertas excentricidades, por otra, también había podido comprobar que poseía un espíritu sano merced al cual, poco a poco y en un desenvolvimiento gradual de sus facultades, podía esperarse establecer el equilibrio espiritual de la muchacha. Lo que a él le inquietaba grandemente era que no pudiera llegar al fin del alfabeto, mostrándose incapaz de aprender todas las letras.

---

## IX. EL REGRESO DEL SEÑOR SESEMANN

Pocos días después, el dueño de la casa regresó de su viaje.

Clara saludó a su padre con gran alegría porque le amaba mucho y su papá también la saludó con muestras de cariño.

—Conque tú eres la pequeña suiza, ¿eh? Ven aquí y dame la mano. ¡Muy bien! Ahora dime, ¿tú y Clara sois buenas amigas?

—Clara es siempre buena conmigo —repuso Heidi.

—Y Heidi nunca ha tratado de reñir conmigo, papá —exclamó Clara con viveza.

—Muy bien, muy bien: me gusta oír esto —dijo su padre levantándose—. Y ahora, hija mía, has de permitirme que vaya a tomar algo, porque aún no he comido. Luego volveré y entonces te enseñaré lo que te he traído.

El señor Sesemann se dirigió al comedor. Se sentó y la señorita Rottenmeier ocupó una silla enfrente. El señor Sesemann, al ver la cara seria de su ama de gobierno, dijo:

—Pero, señorita Rottenmeier, ¿qué he de pensar de usted? Ha puesto usted una cara que no es precisamente de bienvenida. ¿Qué ha pasado? He visto que Clarita está muy animada.

—Señor Sesemann —empezó la dama con gravedad—, hemos sufrido una terrible decepción. Yo había pensado en una niña de Suiza, porque esperaba ver a uno de aquellos seres de los que tanto he leído y que, nacidos en el puro ambiente de la montaña, atraviesan la vida, por decirlo así, sin pisar la tierra.

—A mí me parece —observó el dueño de la casa— que las niñas de Suiza pisan también tierra firme para adelantar en la vida, porque, de otro modo, Dios les hubiese dado alas y no pies.

—Todo el comportamiento de esa criatura no se comprende sino tomándolo como muestras de locura.

El señor Sesemann optó de momento por fijarse bien en la expresión de la señorita Rottenmeier, por si pudiera ser que ella

misma no estuviese en sus cabales. En aquel momento abrióse la puerta y Sebastián avisó la llegada del señor profesor.

—Siéntese, señor profesor —exclamó el señor Sesemann al verlo entrar—, siéntese y nada de cumplimientos. Y ahora dígame, señor profesor, ¿qué pasa con la niña que ha venido a esta casa como compañera de mi hija, qué tal está de entendimiento?

—No quisiera en modo alguno perjudicar a esa niña —dijo el profesor—, pues si, por un lado, puede decirse que carece de cierta experiencia de la sociedad, lo que se explica por el género de vida más o menos salvaje que llevaba antes de trasladarse a Frankfurt, traslado que podrá ejercer siempre cierta influencia sobre el desarrollo de esa criatura, la cual es, por decirlo así, ente-

ramente o cuando menos particularmente inculta, por otro lado, está dotada de talentos incuestionables que dirigidos por una mano diestra...

—Perdóneme un momento, señor profesor. Yo... yo he de ver ahora mismo a mi hija. Se me olvidaba una cosa.

Y dicho esto, el señor Sesemann salió de la habitación. En el cuarto de estudio sentóse al lado de su hija. Heidi se había levantado y el padre de Clara se volvió hacia ella y le dijo:

—Oye, pequeña, ve a buscarme en seguida... espérate... ve a buscarme... —el señor Sesemann no daba con aquello que le hacía inmediatamente falta—, eso es, ve a buscarme un vaso de agua.

Heidi desapareció.

—Y ahora, querida hija, dime tú claramente: ¿qué animales son esos que tu amiguita ha traído a casa y por qué cree la señorita Rottenmeier que la pequeña no está bien de la cabeza?

Clara contó a su padre la historia de los gatitos y la tortuga y explicó las frases de Heidi que tanto aterraron a la señorita Rottenmeier.

—Entonces, ¿no quieres que mandemos a la pequeña a su casa?

—No, no, papá, no hagas eso.

—Bien, bien, Clarita: no temas. Ahí vuelve tu amiguita.

Por la noche el señor Sesemann informó a la señorita Rottenmeier de que había decidido retener en casa a la pequeña compañera de su hija, porque había comprobado personalmente que era una niña normal y que su compañía era más agradable a Clara que ninguna otra.

—Deseo —añadió acentuando las palabras— que esa niña sea tratada siempre con cariño. Por otra parte, si usted no sabe cómo manejar a la niña, pronto tendrá un auxiliar en la persona de mi madre, que pasará algún tiempo en esta casa.

El señor Sesemann sólo disponía de pocos días para permanecer al lado de su hija. Al cabo de dos semanas volvió a partir para París, donde le llamaban sus negocios.

Apenas había salido de Frankfurt, recibióse una carta de la señora Sesemann anunciando que iba a ponerse en camino. A Clarita le alegró mucho aquella noticia y en seguida se puso a contar a su pequeña compañera tantas cosas acerca de la señora

Sesemann, que desde aquella misma tarde Heidi comenzó a hablar también de la llegada de «abuelita».

Cuando iba a acostarse, la señorita Rottenmeier la hizo entrar en su habitación y le dijo que ella no había de llamar jamás «abuelita» a la señora Sesemann, sino únicamente «respetable señora», porque así le correspondía.

---

## X. LA ABUELITA DE CLARA

POR FIN llegó el momento en que el ruido de un coche anunció la llegada de la abuelita de Clara.

Heidi había sido enviada a su habitación, con la orden de permanecer en ella hasta que la llamaran, porque era seguro que la señora Sesemann se dirigiría ante todo a la habitación de Clara y querría verla a solas. Al cabo de poco rato, Tinette entreabrió la puerta y le gritó:

—Vaya usted a la sala de estudio.

Al entrar, la abuela la acogió con bondadosa sonrisa:

—Aquí tenemos a nuestra pequeña. Ven, acércate, que te vea bien.

Heidi se acercó y saludó con voz clara:

—Buenos días, señora Respetable.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —exclamó riendo la señora Sesemann al oírse tan singularmente tratada—. ¿Es que en tus montañas se habla así a las personas?

—No, allí nadie se llama así —respondió Heidi con la mayor seriedad.

—Y aquí tampoco, hija mía —continuó la señora Sesemann acariciándole la cara—. No lo digas más. Para los niños soy abuelita y nada más. ¿Podrás llamarme así?

—¡Oh, sí, sí! —exclamó Heidi—, antes siempre lo decía.

Había en los ojos de la anciana algo que infundía confianza y cariño. Heidi se sintió encariñada con la abuelita de Clara desde aquel mismo momento.

—Y tú ¿cómo te llamas, hija mía? —preguntó al fin la anciana.

—Yo me llamo solamente Heidi; pero puesto que es preciso que me llame también Adelaida, prometo prestar gran atención cuando me llamen así... —y se detuvo, porque la señorita Rottenmeier acababa de entrar en la sala.

—La señora Sesemann convendrá —dijo la señorita Rottenmeier— que era preciso elegir un nombre que se pudiera pronunciar sin temor de herir las conveniencias.

—Querida Rottenmeier, cuando una niña se llama Heidi y tiene por costumbre responder a este nombre, pues se la llama Heidi y nada más.

Al día siguiente, cuando Clara cerró los ojos para dormir su acostumbrada siesta, la abuelita, sentada al lado de aquélla, hizo lo mismo. Mas no por mucho tiempo. Al cabo de cinco minutos estaba de nuevo despierta. Fue a la habitación de la señorita Rottenmeier.

—¿Dónde se halla la niña a estas horas y qué hace? Me interesa saberlo —preguntó la señora Sesemann.

—Está en su cuarto.

—Vaya en seguida a buscarla y llévela a mi habitación; quiero enseñarle unos libros muy hermosos que he traído.

—¿Qué hará ella con esos libros si hasta ahora no ha podido aún aprender la más pequeña cosa? El señor profesor podría contarle a usted cosas muy graves acerca de este asunto.

—¿Ah, sí? Pues me extraña mucho, porque la pequeña no tiene aspecto de que no se pueda hacerle comprender las cosas y menos aún el abecé —observó la señora Sesemann.

La abuela de Clara no salía de su asombro a causa de la noticia acerca de la torpeza mental de que Heidi daba muestras y había decidido examinar el asunto por sí misma, sin dirigirse al señor profesor, al que, sin embargo, estimaba mucho y saludaba siempre afectuosamente, mas no sin sentir cierta aversión por su rara manera de expresarse, por lo que evitaba todo cuanto podía enfrascarse en una conversación con él.

Poco tardó Heidi en comparecer ante la abuela, y al ver los grandes libros llenos de bellas estampas, que la señora Sesemann le enseñó, sus ojos se animaron. De pronto dio un grito; luego, súbitamente, sus ojos se llenaron de lágrimas y prorrumpió en amargo llanto. La abuela miró la estampa. Representaba una hermosa pradera verde donde pacían toda clase de animales; en medio de ellos estaba el pastor, apoyado en un gran cayado.

—Hija mía, vamos —le dijo afectuosamente—, no llores más. Esta estampa te ha recordado sin duda algo familiar, pero escúchame, hay una historia muy bonita que explica el cuadro y te la contaré esta noche. En este libro hay además otros cuentos muy lindos que podemos leer juntas.

Cuando al fin la niña se hubo calmado le dijo:

—Cuéntame ahora, hija mía, cómo van tus lecciones con el señor profesor. ¿Te aplicas mucho para aprender algo?

—¡Oh, no! —respondió Heidi con un suspiro—. Pero yo ya sabía que no se puede aprender.

—¿Qué quieres decir, Heidi? ¿Qué es lo que no se puede aprender?

—No se puede aprender a leer, es demasiado difícil.

—Ah, caramba! ¿De dónde sacas tú eso?

—Me lo ha dicho Pedro y él lo sabe muy bien.

—¡Vaya un muchacho original ese Pedro! Pero fíjate, Heidi, no se debe creer siempre lo que Pedro u otros como él puedan decirte; es preciso que tú misma lo compruebes.

—No, no puede ser —repitió Heidi.

—Heidi —continuó la anciana—, escucha bien lo que voy a decirte; si aún no has aprendido a leer, es porque has creído lo que te dijo Pedro, pero yo te aseguro que puedes aprender a leer en muy poco tiempo. Cuando hayas aprendido, yo te regalaré el libro y en él hallarás la historia de un pastor, como si alguien te lo contara.

Heidi, con ojos brillantes, lanzó un profundo suspiro y exclamó:

—¡Oh, si yo pudiera leer eso!

—Puedes hacerlo, no lo dudes; y si no me equivoco tardarás poco tiempo. Ahora vayamos a ver lo que hace Clara.

Heidi había determinado no decir a nadie cuánto le gustaría volver a su casa, porque no quería que la abuela, que tan buena era con ella, se enojase como lo hacía la señorita Rottenmeier. Pero la tristeza que oprimía su corazón hacíase cada vez más angustiosa. Casi no comía y de día en día perdía color. Muchas noches no podía dormir.

La tristeza de Heidi no pasó inadvertida a la abuela. Esta dejó pasar algunos días para ver si la niña perdía poco a poco su abatimiento. Mas al ver que no se operaba ningún cambio en la pequeña y al advertir que casi todas las mañanas mostraba huellas de haber llorado de nuevo, la llamó un día a su habitación y le preguntó con mucha bondad:

—Ahora dime, Heidi. ¿Qué es lo que tienes? ¿Acaso te aflige alguna pena?

Pero Heidi, que temía parecer ingrata a la abuela, que tan buena era con ella, y enojarla, respondió con tristeza:

—No lo puedo decir.

—¿No? ¿Y a Clara se lo puedes decir?

—No, no, a nadie —exclamó la pequeña con tanta pena que la anciana sintió lástima.

—Escúchame bien, hija mía —continuó—, lo que quiero decirte. Cuando se tiene una pena que no se puede confiar a nadie, hay que decírsela a Dios Nuestro Señor, que está en el Cielo, y se le pide ayuda a El, porque sólo El puede resolver nuestras dificultades. Tú me entiendes bien, ¿verdad? ¿Te acuerdas todas las noches de dar gracias a Dios por lo que te da y de rogarle que te libre del mal?

—No, nunca hago eso.

—¿No has rogado nunca a Dios? ¿No sabes lo que es una oración?

—Lo aprendí hace ya muchísimo tiempo con mi primera abuela, pero lo he olvidado.

—¿Ves, Heidi, por qué estás tan triste? Es que no tienes a Dios que te ayude.

Un destello de alegría brilló en los ojos de la niña:

—¿Es que se le puede decir todo, todo? —preguntó.

—Sí, Heidi, todo, todo.

Sin esperar más, Heidi se alejó corriendo y subió a su habitación. Allí se sentó sobre un taburete y, juntando las manos, contó a Dios todo lo que hacía que se sintiese desgraciada, y le pidió con insistencia que le permitiera volver pronto a casa de su querido abuelito.

Transcurrió poco más o menos una semana, cuando un día el señor profesor pidió permiso para entrar en la habitación de la señora Sesemann.

—Dígame lo que le trae aquí.

—Ha sucedido algo que en modo alguno podía yo esperar.

—¿Es que, por casualidad, Heidi ha aprendido a leer, señor profesor?

El profesor la miró, mudo de estupefacción.

—Esto es realmente algo maravilloso —dijo al fin—. Ha aprendido a leer de la noche a la mañana, y esto con una corrección que raras veces se encuentra en los principiantes.

—Muchas cosas extraordinarias pasan en la vida —repuso la señora Sesemann sonriendo satisfecha—. Hay también con frecuencia felices coincidencias, el encuentro de dos hechos, como, por ejemplo, un nuevo afán en el discípulo y un nuevo método por parte del maestro.

Y, al decirlo, acompañó al señor profesor hasta la puerta y luego se apresuró a acudir a la sala de estudio para convencerse por sí misma de la buena noticia.

En efecto, Heidi estaba sentada al lado de Clara y le leía un cuento. La niña misma estaba sorprendida y parecía penetrar con interés en aquel mundo nuevo que se abría ante ella ahora que las negras letras transformábanse poco a poco en objetos y en personajes y formaban historias palpitantes.

La misma noche, al sentarse a la mesa, encontró Heidi el gran libro con las hermosas láminas; la niña elevó hacia la abuela una mirada interrogante y la anciana le respondió con una sonrisa, diciendo:

—Sí, hija mía, ahora es tuyo.

—¿Para siempre? ¿Aun cuando vuelva a los Alpes? —preguntó Heidi sofocada por la alegría.

—Sí, naturalmente, para siempre. Mañana empezaremos a leerlo.

—Pero tú no volverás a los Alpes, tardarás todavía muchos años —exclamó Clara—. Es preciso que te quedes a mi lado para que no esté yo tan sola el día que la abuelita se marche.

---

## XI. PÉRDIDAS Y GANANCIAS

LA ABUELA había llevado a casa de Clara un sinnfín de lindas muñecas y enseñaba a Heidi a confeccionar vestiditos y abriguitos de los más variados colores. Pero una de sus mayores alegrías era leer en voz alta las narraciones de su libro. A pesar de todo, Heidi no había recordado su aire feliz ni el brillo de sus ojos.

Había llegado la última semana que la señora Sese-mann pasaba en Frankfurt. Acababa de llamar, como de costumbre, a la niña a su habitación mientras Clara dormía. Cuando Heidi entró con el gran libro bajo el brazo, la abuela le hizo una seña de que se acercara a ella, puso el libro a su lado y dijo:

—Vamos, hija mía, ¿por qué has vuelto a perder tu alegría? ¿Sigues teniendo el mismo pesar de antes?

—Sí —respondió Heidi.

—¿Y has contado tus penas a Dios Nuestro Señor?

—Sí.

—¿Y sigues rogándole todos los días que remedie tu mal y que te haga otra vez feliz?

—No, ya no le digo nada.

—¿Qué dices, Heidi? ¿Por qué no ruegas ya a Dios?

—Porque de nada me sirve; Dios no me ha escuchado.

—Pero, hija mía, las cosas no suceden como tú te imaginas. Compréndelo bien: Dios es nuestro Padre y Él sabe siempre lo que nos conviene. Lo esencial es no perder la confianza en Él, y suplicarle de todo corazón. Lo que tú le habrás pedido seguramente no será bueno para ti: en este momento por lo menos.

Heidi salió de la habitación de la abuela y se dirigió a la suya para rogar de todo corazón a Dios pidiéndole perdón y que no la olvidara nunca, sino que velara por ella desde el Cielo.

Llegó por fin el día de la marcha de la abuela, un día muy triste para Clara y para Heidi. Se adueñó de la casa un gran vacío y un gran silencio. Heidi y Clara pasaron el resto del día sentadas la una al lado de la otra, como pobres pájaros desamparados.

Al día siguiente, después de las lecciones, Heidi se dirigió a Clara con el gran libro bajo el brazo y le dijo:

—De ahora en adelante, si tú quieres, Clara, yo te leeré todos los días estos hermosos cuentos.

Aquella proposición complació mucho a Clara, y Heidi puso manos a la obra. Mas a poco dejó la lectura, porque apenas había comenzado una narración en la que se trataba de una abuela que se moría, la pequeña estalló de pronto en sollozos.

Por primera vez advirtió la posibilidad de que la abuela de Pedro pudiera morir estando ella tan lejos, y su abuelito también. Entonces estaría muy sola allí y nunca más volvería a ver las personas a quienes tanto amaba.

Entretanto, había entrado en la habitación la señorita Rottenmeier. Cuando vio que la niña no cesaba de llorar, se aproximó y le dijo en tono categórico:

—Adelaida, basta ya de lloriqueos en esta casa! Y ten entendido que si vuelves a empezar a hacer escenas a causa de esas dichosas narraciones, te quito el libro y no lo volverás a ver en todos los días de tu vida.

Aquella amenaza impresionó profundamente a Heidi. Quedó pálida de miedo, porque aquel libro era su más precioso tesoro. A partir de aquel día, Heidi no lloró más, por triste que fuera la historia que leyera.

Heidi perdía cada vez más el apetito.

Transcurrió de aquel modo el otoño, luego el invierno y pronto el sol volvió a lucir con su esplendor. Heidi se ocultaba en un rincón de su cuarto, escondía su rostro entre las manos para no ver resplandecer el sol en los muros de la casa vecina, y hasta que Clara reclamaba su presencia, permanecía así, sin moverse, luchando silenciosamente contra la añoranza que la desgarraba el corazón.

---

## XII. FANTASMAS EN CASA DEL SEÑOR SESEMANN

DESDE hacía algún tiempo, sucedían cosas muy extrañas e inquietantes en la casa. Todas las mañanas, cuando los criados bajaban a la planta baja, hallaban abierta la puerta de entrada.

Una noche en que hacían guardia en la planta baja los dos criados, Sebastián, al ver el rostro de su compañero a la vacilante luz de una vela, dio un grito de terror; Juan estaba pálido como la muerte y temblaba como un convulso.

—¿Qué hay? ¿Qué has visto? ¡Habla! —exclamó Sebastián, lleno de ansiedad.

—¡La puerta de entrada estaba abierta— respondió Juan castañeteando los dientes— y sobre la escalera había una figura blanca que subía y luego... nada!

Sebastián sintió un escalofrío en el cuerpo y se puso a temblar también de miedo. Así, temblando los dos, sentáronse muy cerca el uno del otro y no se atrevieron a moverse hasta que el nuevo día despejó las tinieblas. Entonces subieron a dar cuenta a la señorita Rottenmeier de lo que había sucedido.

La puerta volvió a estar abierta noche tras noche.

La señorita Rottenmeier escribió al señor Sesemann para informarle de que las apariciones nocturnas habían quebrantado la débil constitución de su hija, por lo que eran de temer serias repercusiones.

Dos días más tarde, el señor Sesemann llegó a la puerta de su casa y tiró de la campanilla con toda su fuerza. Clara le recibió con un grito de alegría y el pobre padre se sintió aliviado al ver que ni el buen humor ni la salud de su hija se habían alterado.

El señor Sesemann trató de disipar sus temores acerca de las apariciones, advirtiéndole que se proponía desenmascarar aquella misma noche al farsante culpable de todo.

A las nueve en punto de la noche, llamado por el papá de Clarita, se presentó el doctor Classen.

El señor Sesemann contó todo a su amigo.

Mientras daba tales explicaciones al doctor el señor Sesemann descendió con él a la planta baja y los dos se dirigieron a la misma habitación en la que Juan y Sebastián habían montado la guardia noches antes.

Dio la una. De pronto oyeron que alguien quitaba la barra de la puerta, daba dos vueltas a la llave y abría. El señor Sesemann, con la mano izquierda, levantó uno de los candelabros de tres bujías, con la derecha cogió un arma y siguió al doctor Classen, que precediéndole, llevaba el otro candelabro y su pistola. Silenciosamente penetraron en el pasillo.

Un débil rayo de luna entraba por la puerta abierta y a su resplandor se recortaba la silueta de una figura blanca e inmóvil.

—¿Quién va? —gritó el doctor con voz formidable, que levantó ecos en el extremo opuesto del pasillo.

Los dos amigos avanzaron resueltamente hacia la figura blanca. ¡Era Heidi, descalza y cubierta sólo con la camisa de dormir!

Los dos hombres miráronla mudos de asombro. El doctor se aproximó a ella y dijo:

—Sesemann, esto es un asunto que me incumbe. Espérame, que voy a llevar a la niña a su habitación.

Al llegar a la habitación de Heidi, el doctor la acostó en la cama, arropándola cuidadosamente. Luego se sentó a su lado, aguardó a que la pequeña se calmara y le habló bondadosamente:

—Vamos, todo está bien ahora. Dime, ¿a dónde querías ir?

—No quería ir a ningún sitio —contestó Heidi—. No sé cómo he bajado, porque de pronto me encontré allí. Todas las noches sueño lo mismo. Me parece que estoy en la cabaña de mi abuelito, que oigo el murmullo de los abetos. Y corro en seguida a abrir la puerta de la cabaña y todo está tan lindo fuera. Pero cuando me despierto, estoy nuevamente en Frankfurt, en esta cama.

—¡Hem!... ¿No te duele nada? ¿La cabeza? ¿La espalda?

—No, nada. Sólo aquí siento una cosa que me pesa como si llevara una gran piedra.

—Ah! ¿Acaso lloras mucho cuando sientes eso?

—¡No, no! No se puede llorar, porque la señorita Rottenmeier lo ha prohibido.

—Debe de ser muy poco divertido estar siempre en las montañas. Te aburrirías bastante, ¿verdad?

—¡Oh, no! ¡Estaba allí tan bien, tan bien!

Heidi no pudo continuar. Empezó a sollozar amargamente.

El doctor se levantó y acarició suavemente la cabeza de la niña.

—Llora, llora, hija mía, que eso te hará bien. Luego dormirás tranquila y mañana, ya verás, todo cambiará.

Cuando la niña se hubo dormido, el doctor salió de la habitación.

Al entrar de nuevo en la estancia donde le aguardaba ya impaciente su amigo, se dejó caer en el sillón y explicó lo que acontecía.

—Amigo Sesemann, ante todo has de saber que tu pequeña protegida sufre una enorme depresión nerviosa. Ha sido ella, y no un fantasma, la que en estado inconsciente ha bajado todas las noches, a abrir la puerta de la calle. En segundo lugar, a esa niña la devora la nostalgia. No hay más que un remedio: llevarla lo más rápidamente posible a su patria, a sus montañas.

El señor Sesemann se detuvo muy asustado delante de su amigo.

—Si el mal es tan grave como dices, amigo, entonces sólo hay una cosa que hacer: es preciso obrar inmediatamente.

Y asiendo a su amigo por un brazo, el señor Sesemann se puso a pasear de un lado a otro de la habitación, hablándole detalladamente de lo que se proponía hacer. Después, el doctor se despidió, porque ya había amanecido y por la puerta de la calle, que esta vez abrió el mismo dueño de la casa, penetraba ya la blanca luz de la mañana.

---

### XIII. CAMINO DE LOS ALPES EN UN ATARDECER DE VERANO

EL SEÑOR Sesemann subió seguidamente al primer piso y se dirigió a la habitación de la señorita Rottenmeier. En seguida oyó ésta la voz del dueño de la casa, que decía:

—Haga el favor de bajar sin tardanza al comedor. Es preciso hacer inmediatamente los preparativos para un viaje.

La señorita Rottenmeier consultó su reloj; no eran más que las cuatro y media; jamás le habían despertado a una hora tan temprana. ¿Qué podría haber sucedido?

Mientras tanto el señor Sesemann recorrió el pasillo y tiró de las diversas campanillas instaladas para llamar a los diferentes criados. Juan fue enviado inmediatamente a preparar el coche y el caballo. Tinette recibió la orden de despertar a Heidi y de prepararla para un viaje. Sebastián tuvo que ir a la casa donde servía Dete para rogarle que acudiera en seguida.

Como había supuesto, Clara se hallaba despierta a causa del inusitado movimiento. Su padre se sentó al

borde de la cama y le contó todo lo que había pasado aquella noche, añadiendo después que el médico dictaminó que Heidi estaba muy enferma.

Clara sufrió una dolorosa sorpresa y empezó inmediatamente a buscar toda clase de pretextos para evitar la separación, más fue inútil, porque su padre mantuvo inquebrantable su decisión de mandar a Heidi inmediatamente a su casa. A cambio prometió a su hija que si se mostraba ahora razonable, la llevaría al año siguiente a Suiza.

Mientras tanto tía Dete había llegado. Sufrió una gran decepción, pues no había esperado semejante desenlace. Explicó con su locuacidad habitual que, desgraciadamente, no le era posible partir a causa de sus muchas ocupaciones. El señor Sesemann comprendió en seguida lo que había detrás de aquella verbosidad y la despidió cortándole la palabra.

En seguida mandó llamar a Sebastián y le ordenó que se preparara al punto para un viaje, porque iba a acompañar a la niña.

—He de recomendarte una cosa muy importante, Sebastián —continuó el señor Sesemann—, y ten cuidado de hacerlo todo como te lo mando. Aquí tienes mi tarjeta con la dirección de un hotel de Basilea en el que me conocen. Lo primero que harás será ir al cuarto de la pequeña y asegurar las ventanas de tal modo que la niña no pueda abrirlas. Cuando la pequeña esté acostada, cerrarás la puerta por fuera con llave, porque corre peligro en una casa desconocida si por casualidad bajara y abriera la puerta de la calle.

—Ah, ah! ¡Era, pues, aquello! ¡Caramba! —exclamó Sebastián, aturdido por la sorpresa. De pronto se había hecho la luz en su cerebro acerca de la aparición de los fantasmas.

—Sí, era eso. ¡Ya ves tú qué cobarde has sido! Lo mismo pienso de Juan, a quien puedes decírselo de mi parte. ¡Vaya pareja de valientes que sois!

Y sin añadir una palabra más, el señor Sesemann se dirigió a su habitación para escribir una carta al abuelo de Heidi.

El señor Sesemann entró más tarde en el comedor y preguntó:

—¿Dónde está la niña?

Llamaron a Heidi. Esta se acercó al padre de su amiga.

—Vas a regresar hoy a tu casa.

—¿A mi casa? —repitió Heidi, poniéndose muy pálida y sin poder respirar a causa de la emoción.

—¿Acaso no quieres ir? —preguntó el señor Sesemann.

—Oh, sí! Sí que quiero ir —pudo al fin articular la pobre niña, y esta vez se puso encarnada.

—Bien; ahora, pues, a la mesa y a comer mucho. Luego no tienes más que subir al coche y ¡hala!

Pero Heidi no podía comer a pesar de los esfuerzos que hacía por obedecer. Su agitación era tan grande que ya no sabía si estaba despierta o si soñaba.

—Cuide usted de que Sebastián se lleve provisiones en abundancia —dijo el señor Sesemann a la señorita Rottenmeier.

Heidi se marchó corriendo a la habitación de su amiga. En medio del dormitorio de Clara encontró una maleta muy grande que aún no estaba cerrada.

—Ven, Heidi, ven —le gritó Clara al verla—, fíjate lo que he hecho poner en la maleta. ¿Te gusta?

Y señaló un sinfín de cosas: blusas, faldas, pañuelos y una caja de costura.

—Y ahora mira lo que tengo aquí —añadió, levantando triunfalmente por encima de su cabeza una cestita.

Heidi echó una mirada a la cesta y dio un salto de alegría al ver que en ella había doce panecillos blancos y tiernos, todos para la abuela. En medio de su alegría, las niñas olvidáronse de pronto de que se aproximaba el momento de la separación, hasta que se oyó una voz desde abajo:

—¡El coche está listo!

Y así resultó que los rápidos preparativos evitaron la tristeza que de otro modo hubiera producido la separación. Las dos niñas despidiéronse rápidamente, porque el señor Sesemann ya estaba allí esperando a Heidi para acompañarla hasta el coche.

Ya al lado del coche, el señor Sesemann dio la mano a la niña y le dijo con palabras amables y cariñosas que él y su hija Clara no la olvidarían nunca y que le deseaban toda clase de prosperidades.

Heidi, a su vez, dio las gracias por todas las bondades recibidas.

El coche partió veloz hacia la estación.

Poco tiempo después, Heidi se hallaba sentada en el tren y no soltaba la cestita por nada del mundo, porque en ella estaban los panecillos para la abuelita. Cerrando los ojos imaginábase cómo sería su regreso.

Al fin, el sueño venció a Heidi. No se despertó hasta que Sebastián la sacudió fuertemente, gritándole:

—¡Señorita, señorita, que hemos llegado a Basilea! Aquí hemos de quedarnos esta noche.

A la mañana siguiente continuaron el viaje, que aún duró muchas horas. De pronto se detuvo el tren y se oyó el grito de los empleados de la estación: «¡Mayenfeld, dos minutos de parada!» A poco, la niña y Sebastián hallábanse en el andén de la estación con la maleta al lado, mientras el tren continuaba, silbando, su marcha por el valle. Muy cerca de la estación, Sebastián vio un

carro. Un hombre cargaba en él algunos sacos de harina. Sebastián le preguntó el camino más seguro a Dörffi. Hablando, hablando, convinieron en que el hombre del carro, que iba a Dörffi, se llevaría a Heidi y la maleta.

A Sebastián se le quitó un gran peso de encima cuando vio que ya no tendría que realizar la ascensión a la montaña. Con mucho misterio llamó a la niña aparte y le entregó un cartucho pesado y una carta para el abuelo, explicándole que el cartucho era un regalo del señor Sesemann y que era preciso ponerlo en la cestita, debajo de los panecillos, y que además era necesario que tuviese mucho cuidado para que no se extraviara.

Pusieron la maleta en el carro; luego Sebastián ayudó a subir a Heidi al pescante, le dio la mano en señal de despedida y volvió a advertirle con raros ademanes que tuviera mucho cuidado con el contenido de la cestita.

El dueño del carro en que iba Heidi con su maleta era el panadero de Dörffi.

Le causaba extrañeza que la pequeña volviese inopinadamente de la ciudad. Queriendo indagar las causas, empezó a hablar con ella.

—¿Tan mal te ha ido que vuelves?

—No me ha ido mal.

—Entonces, ¿por qué vuelves?

—Porque prefiero mil veces estar al lado de mi abuelo.

Al entrar en Dörffi, inmediatamente rodearon el carro muchos niños y mujeres. Cuando el panadero hubo ayudado a la niña a bajar, ésta, mostrando prisa, le dijo:

—Muchas gracias. El abuelito vendrá a recoger la maleta... —y quiso marcharse corriendo.

Pero de todas partes la detuvieron. Y tanta ansiedad mostraba, que se apartaron y la dejaron marchar.

El panadero contó a los curiosos con mucho misterio que un señor había acompañado a la niña hasta Mayenfeld,

donde se despidió muy cariñosamente de ella, y que él le había pagado el precio del viaje sin regatear, aumentándolo con una buena propina. Y durante el camino había sabido por la niña que lo pasó muy bien en la ciudad y que fue ella misma la que pidió volver al lado de su abuelo. Tal noticia causó gran asombro entre la gente y se esparció como un reguero de pólvora por el pueblo.

Heidi, entre tanto, corría montaña arriba todo lo de prisa que podía y, de cuando en cuando, se veía obligada a detenerse para cobrar aliento.

Por fin vio la cabaña de la hondonada de la vertiente y se le aceleró el latido del corazón. La emoción le impedía abrir la puerta ... Al fin lo logró... y, de un salto, se plantó en medio de la pequeña estancia, quedándose allí sin aliento y sin poder articular palabra.

—¡Oh, Dios mío! —dijo una voz desde el rincón—. Así solía entrar nuestra pequeña Heidi. ¡Ojalá pudiera tenerla una vez más a mi lado! ¿Quién ha entrado?

—¡Soy yo, abuelita, soy yo! —pudo finalmente gritar Heidi.

Al mismo tiempo corrió hacia el rincón, se arrodilló delante de la anciana y la abrazó. Tanta era su alegría, que no pudo decir más. De momento la anciana se quedó también muda por la sorpresa, mas después acarició una y otra vez el rizado cabello de la niña, y dijo:

—Sí, sí, son sus cabellos y es su voz. ¡Qué contenta estoy, Dios mío, de que haya llegado este momento! —y de sus ojos ciegos cayeron dos lágrimas sobre la mano de Heidi—. Pero ¿de verdad has vuelto, Heidi?

—Sí, sí, abuelita —exclamó Heidi alegremente—. No llores, que ya estoy otra vez aquí y vendré todos los días; nunca más me iré. Y ya no tendrás que comer pan duro, porque verás lo que te he traído.

Y Heidi sacó de su cesta un panecillo tras otro hasta que hubo colocado los doce en la falda de la anciana.

—Querida hija, ¡qué bendición traes contigo! —dijo la abuela cuando advirtió tantos panecillos—, pero de todos modos, lo mejor eres tú, hija mía.

Heidi empezó a contar a la anciana cuánto había sufrido a causa del temor de que ella hubiera muerto y no pudiese nunca visitarla. En aquel momento entró la madre de Pedro y se quedó asombradísima..

Luego dio la mano a la anciana y dijo:

—Ahora he de ir a casa del abuelo, pero mañana volveré. Adiós, abuelita.

Heidi emprendió la ascensión de la montaña con la cesta colgada del brazo. Se detenía a cada paso para volverse, porque al subir daba la espalda a las altas cumbres de las montañas. De pronto brilló un destello rojo a sus pies. Se volvió... y, tal como lo soñara, vio de nuevo el esplendor del crepúsculo. Heidi se hallaba en medio de aquella gloria, mientras lágrimas de alegría surcaban sus mejillas; juntó las manos, elevó la mirada y en voz alta dijo su oración de gracias por haber podido regresar a sus queridas montañas, que le parecían más bellas que nunca.

Poco tardó en ver primero las altas copas de los abetos, luego la cabaña y, por fin, el banco y al abuelito, que fumaba melancólicamente su pipa. Heidi apresuró el paso y se abalanzó sobre él, dejó la cesta en el suelo y abrazó al anciano. Como la emoción le impedía hablar, sólo pudo exclamar una y otra vez:

—Abuelito, abuelito!

El abuelo callaba, emocionado. Por primera vez en muchos años sus ojos humedeciéronse y tuvo que quitarse las lágrimas con el revés de la manga. Por fin se

desasí de la niña, la sentó sobre sus rodillas y, contemplándola un momento, dijo:

—¡Con que has vuelto, Heidi! ¿Acaso te han despedido?

—¡Oh no, abuelito! —empezó Heidi, muy animada—, ¡no creas eso! Todos han sido muy buenos conmigo, Clara, la abuela y el señor Sesemann. Pero verás, abuelito, yo no podía más, tenía que volver a tu lado y muchas veces me parecía que me ahogaba de pena. Una mañana, me llamó el señor Sesemann muy temprano, creo que el doctor fue la causa, pero eso debe de estar en la carta... —Y extrajo de la cesta el cartucho y la carta, dando ambas cosas a su abuelo.

El abuelo cogió la carta y la leyó; después, sin decir una palabra, la metió en el bolsillo.

—¿Crees que aún te gustará beber nuestra leche, Heidi? —preguntó tomando a la niña de la mano para entrar con ella en la cabaña—. Pero guárdate el dinero; es tanto, que podrás comprarte una cama y aún te quedará para vestirte durante muchos años.

—No, no lo necesito, abuelito —aseguró Heidi—. La cama ya la tengo y Clara me ha dado tantos vestidos, que seguramente no necesitaré comprar nunca más.

—Cógelo de todos modos y guárdalo en el armario. Alguna vez te vendrá bien.

Heidi obedeció y corrió detrás del abuelo, que había entrado en la cabaña. La niña brincó de alegría de un rincón a otro y por fin subió la escalera que conducía al pequeño desván. Mas allí se quedó perpleja y luego exclamó:

—¡Oh, abuelito, ya no tengo mi cama!

—Ya volverás a tenerla —sonó la voz del anciano desde abajo—. No sabía que habías de volver. Pero ahora baja y toma la leche.

Heidi bajó y se sentó en el taburete alto que el abuelo había hecho para ella. Cuando dejó el tazón, dijo con un profundo suspiro:

—Abuelito, como nuestra leche de la montaña no hay nada en el mundo!

De pronto sonó un agudo silbido y se precipitó como una flecha afuera. De la montaña bajaba el rebaño de cabras, con Pedro en medio de ellas. Heidi habló primero:

—Buenas tardes, Pedro— dijo. Y se precipitó en medio de las cabras.

Heidi las llamó a todas por sus nombres y todas corrieron como locas, apretujándose contra ella.

Heidi no cabía en sí de gozo y de alegría.

—Ven, Pedro, y saluda —exclamó.

—Pero ¿es que has vuelto? —pudo por último decir Pedro saliendo de su asombro. Acercándose, cogió la mano de Heidi que ésta hacía rato le estaba ofreciendo, y preguntó como siempre había preguntado cuando regresaban al caer la tarde—: ¿Vendrás mañana conmigo?

—No, mañana aún no, porque mañana he de ir a ver a la abuela; tal vez iré contigo pasado mañana.

—Me gusta que hayas vuelto —dijo Pedro y su rostro se transfiguró por la alegría.

Cuando la niña volvió a entrar en la cabaña vio que el abuelo había arreglado nuevamente su lecho, que era fragante y blando, pues el heno estaba casi recién cortado. Heidi se acostó con claras muestras de alegría, durmiendo como no lo había hecho en un año.

Durante la noche se levantó el abuelo lo menos diez veces para subir la escalera. Encaramado en ella, escuchaba atentamente si dormía la niña. Pero Heidi durmió sosegadamente y no se levantó a dar paseos nocturnos como en la otra casa; estaba, al fin, en el hogar querido.

---

#### XIV. EL DOMINGO CUANDO LAS CAMPANAS SUENAN

HEIDI esperaba a su abuelo debajo de los abetos para que la acompañara a casa de la abuela, donde la dejaría para ir a buscar la maleta.

Cuando llegaron a la cabaña de Pedro, se separaron, quedándose allí Heidi. La abuela reconoció sus pasos apenas cruzó el umbral y gritó:

—¡Oh, hija mía! Gracias a Dios que vuelvo a tenerte a mi lado.

Después cogió la mano de Heidi y la retuvo fuertemente entre las suyas, como si temiese que alguien pudiera volver a robársela. No pudo menos que hablar de los panecillos. Gracias a ellos estaba tan fuerte como no lo había estado en la vida. La madre de Pedro añadió:

—Si una tuviera al menos de vez en cuando algunos céntimos de sobra, el panadero de Dörffi hace un pan parecido... ¡Pero ya nos cuesta bastante trabajo adquirir el que comemos!

Un relámpago de gozo iluminó el rostro de Heidi.

—¡Oh, abuelita, yo tengo mucho dinero! —exclamó saltando alegremente—. ¿Y sabes lo que haré con ese

dinero? Pues comprarte todos los días un panecillo tierno, y los domingos dos, Pedro podrá traerlos de Dörffi.

—No, no, hijita —replicó la abuela—. No debes hacer eso. El dinero que tienes no te lo han entregado para que lo gastes así. Debes dárselo al abuelo y él te dirá cómo has de emplearlo.

Pero Heidi no se dejó vencer y empezó a dar saltos por la habitación repitiendo:

—Ahora la abuela tendrá un panecillo tierno todos los días y recobrará las fuerzas —y de pronto se interrumpió para añadir en seguida—: ¡Oh, abuela! Si te pusieras bien, volverías a tener vista, pues acaso sea la debilidad la causa de que no veas.

La abuela calló para no turbar la felicidad de la niña.

Entre salto y salto, Heidi advirtió de pronto el viejo libro de los cánticos y una súbita idea cruzó su mente.

—Abuela, ya sé leer, ¿quieres que te lea uno de los cánticos de tu viejo libro?

—¡Oh, ya lo creo! —repuso la abuela, agradablemente sorprendida—. ¿Es posible que sepas leer?

Heidi se encaramó en una silla y cogió el libro. Se sentó en un taburete al lado de la abuela y la preguntó qué quería que le leyese.

—Lo que quieras, hijita, lo que quieras —repuso la anciana apartando la rueca y prestando atención.

—Aquí se habla del sol, abuela. Voy a leerte esto.

Empezó y se fue animando cada vez más a medida que avanzaba en la lectura.

*Los dulces rayos cálidos  
de un sol rojo y ardiente  
penetran en mi alma  
suavemente*

*y su calor despierta  
mi mente adormecida  
y siento en mis entrañas  
la misma vida.*

*Y a su luz clara y viva  
mi fe fuerte y constante  
me mostrará una senda  
limpia y vibrante.*

*Mi temor al abismo  
sin fondo de la muerte  
lo borrará la esperanza  
que en mí se vierte.*

*Alegría suprema,  
limpias campanas,  
sueños de melodías  
soberanas.*

La abuela escuchaba con las manos enlazadas. Su rostro resplandecía mientras por sus mejillas rodaban las lágrimas.

—¡Oh, Heidi, se hace la luz en mi corazón! ¡Cuánto bien me has hecho!

La abuela repitió muchas veces seguidas estas palabras que expresaban su alegría, y Heidi se sintió henchida de felicidad al ver a la abuela de aquel modo.

De pronto alguien golpeó la ventana y Heidi vio que su abuelo la llamaba por señas. La niña obedeció en el acto, prometiendo a la abuela volver al día siguiente. La idea de poder alegrar a la abuela y de hacer la luz en su corazón iba a ser desde entonces su mayor felicidad.

Heidi estaba tan impresionada por los recientes sucesos, que comenzó en seguida a contárselos al abuelito. Le dijo que diariamente podrían traer de Dörffi panecillos para la abuela y que en el corazón de ésta se había hecho de pronto la luz, lo cual le llenó de felicidad. Cuando terminó su relato, volvió a la primera idea y dijo convencida:

—¿Verdad, abuelito, que aunque la abuela no quiera, me darás todo el dinero del cartucho para que compre panecillos a la abuela?

—Pero, ¿y la cama, Heidi? —preguntó a su vez el abuelo—. No estaría de más que tuvieras una buena cama.

Tanto le suplicó, que el abuelo terminó por decir:

—El dinero es tuyo; haz con él lo que quieras. Tienes suficiente para comprarle a la abuela panecillos durante muchos años. Al oírle Heidi comenzó a lanzar exclamaciones de alegría. De súbito se puso seria y dijo:

—¡Oh, si Dios hubiese hecho inmediatamente todo lo que le pedí, hubiera regresado en seguida, sin poder traer a la abuela más que unos pocos panecillos, ni leerle el cántico que tanto bien le ha hecho. Pero Dios lo ha arreglado todo mucho mejor de lo que yo esperaba. Rezaremos todos los días, ¿verdad, abuelito? No olvidaremos nunca a Dios, a fin de que El no nos olvide a nosotros.

—Sin embargo, hay quien le olvida —murmuró el abuelo.

—¡Oh, pero éstos no son felices!

—Es verdad, Heidi. ¿Dónde has aprendido eso?

—La abuelita de Clara me lo dijo y me lo explicó todo.

El anciano anduvo un buen trecho en silencio. De pronto dijo, como hablando consigo mismo:

—Cuando las cosas están hechas, hechas están. Nadie se puede volver atrás. Aquel a quien Dios olvida, olvidado queda.

—¡Oh, no, abuelito, puede uno volverse atrás! Me lo ha dicho la abuelita de Clara. Justamente así es la historia de mi libro. Pero tú no la conoces. Cuando lleguemos a casa, te la leeré y verás qué bonita es.

Cuando alcanzaron la cima, la niña, asiendo la mano del abuelo, entró corriendo con él en la cabaña. El anciano dejó en el suelo la cesta y la mitad del contenido de la maleta, pues de otro modo, ésta hubiera sido difícil de transportar. Después se sentó en el banco que había ante la casa. Heidi reapareció en seguida con su libro bajo el brazo.

Era la historia del hijo que se sentía muy feliz en su casita, donde se dedicaba a pastorear las hermosas vacas y los carneros de su padre. Pero un día quiso disponer de lo que le correspondía de su fortuna para vivir a su capricho. Y partió y se lo gastó todo. Entonces se vio obligado a entrar como criado en una casa donde había únicamente cerdos. Sus vestidos eran miserables y allí no comía más que bellotas y algarrobas. El muchacho se dio cuenta de lo feliz que había sido en casa de su padre, lo bueno que éste había sido para él. Entonces lloró lleno de remordimiento y de pena. De pronto se dijo: «Me levantaré e iré a casa de mi padre, le pediré perdón y le diré: «Padre, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo». Muy lejos estaba aún de su casa, cuando el padre le vio y corrió a su encuentro.

—¿Sabes lo que sucede ahora, abuelito? —preguntó Heidi interrumpiendo su lectura—. Acaso creas que el padre estaba todavía enfadado y le diga: «Ya te lo había dicho». ¡Escucha, escucha!

«Su padre, al verle, se compadeció de él y corrió a estrecharle entre sus brazos. El muchacho dijo: «He pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de que me llames tu hijo». Pero el padre dijo a sus criados: «Traed las mejores ropas y vestidle con ellas. Poned un anillo en su mano y unos buenos zapatos en sus pies. Matad el carnero mejor cebado. Comamos y alegrémonos, pues mi hijo, que había muerto, ha vuelto a la vida; habíase perdido, y lo hemos encontrado». Y comenzaron todos a regocijarse.

Al ver que el abuelo permanecía silencioso cuando ella esperaba oírle expresar su admiración, Heidi le preguntó:

—¿Verdad que es una historia bella?

—Sí, Heidi, la historia es bella —replicó el anciano con tono grave.

Más tarde, cuando Heidi estaba ya sumida en un sueño profundo, el abuelo subió por la pequeña escalera y dejó la lámpara al lado del camastro de Heidi, de modo que la luz iluminara a la niña dormida. Esta reposaba dulcemente con las manos juntas, pues no se había olvidado de rezar. Su carita tenía tal expresión de paz y felicidad, que sin duda debió impresionar al abuelo, pues éste estuvo contemplándola largamente sin hacer el menor gesto. Después enlazó sus manos e inclinando la cabeza dijo en voz alta:

—Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. No soy digno de que me llames tu hijo.

Y las lágrimas rodaron por las mejillas del anciano.

Algunas horas más tarde, la mañana del domingo resplandecía sobre las montañas. De los valles circundantes llegaban sonidos de campanas. El abuelo volvió a la cabaña.

—Ven, Heidi —llamó al pie de la escalera—, el sol ha salido ya. Ponte un hermoso vestido, pues iremos a misa.

Heidi no tardó en vestirse. Bajó en seguida, vestida con el lindo traje de Frankfurt. De pronto se detuvo ante el abuelo y le contempló llena de asombro.

—Jamás te había visto así —exclamó la niña—. Nunca te había visto con ese traje de botones de plata. ¡Qué bien te sienta este traje de los domingos!

El anciano contempló a la niña con gesto alegre.

—También tú estás preciosa con ese vestido. ¡Vamos!

Y tomando a Heidi de la mano comenzaron el descenso de la montaña.

En la iglesia de Dörffi estaba ya casi todo el pueblo.

Cuando el predicador terminó, el Viejo de los Alpes cogió a la niña de la mano y se dirigió a casa del cura. La gente se agrupó y comenzó a comentar animadamente la inesperada aparición del Viejo en la iglesia.

Uno dijo:

—A lo mejor el Viejo de los Alpes no es tan temible como se cuenta. No hay más que ver el cuidado con que coge de la mano a la niña.

Otro añadió:

—Es lo que yo he dicho siempre. A buen seguro que no iría a visitar al cura si tan malo fuera.

El panadero dijo cuando le llegó su turno:

—¿No os lo dije yo? Si tan terrible fuera, ¿dejaría una niña una casa donde tenía todo cuanto pudiera desear para reunirse con su abuelo?

Esta buena disposición de ánimo hacia el Viejo de los Alpes se comunicó muy pronto a los demás grupos, tanto más cuanto que las mujeres estaban también reunidas comentando las revelaciones que conocían por

Pedro y su abuela, que daban del anciano informes muy distintos a los que circulaban por el pueblo.

Entretanto, el Viejo de los Alpes había entrado en el presbiterio llamando a la puerta del cuarto del sacerdote. Este tomó la mano del Viejo y la estrechó cordialmente.

Al fin el anciano se repuso de su emoción y dijo:

—Vengo a suplicar al señor cura que olvide las palabras que le dirigí allá, en la montaña, y no me guarde rencor si me he negado a admitir sus buenos consejos. Desde ahora, seguiré los consejos del señor cura y durante el invierno viviré en Dörffi, pues la niña está muy delicada y no debe permanecer allí arriba en la época de los fríos.

Los ojos del sacerdote brillaron de alegría. Volvió a tomar la mano del Viejo y, estrechándola entre las suyas, le dijo enternecido:

—En mi casa será usted siempre bien recibido, tanto en calidad de amigo como de vecino, y me propongo pasar alegremente en su compañía más de una velada en invierno.

Apenas la puerta de la casa se cerró tras el sacerdote, la gente se apresuró a ir al encuentro del Viejo de los Alpes.

Uno le decía:

—¡Cuánto me alegro de que se haya dignado mezclarse con nosotros!

Otro gritaba:

—Hace tiempo que deseaba hablar con usted un rato.

El tumulto creció cuando el Viejo de los Alpes, ante tanta amabilidad, manifestó que pensaba pasar el invierno en Dörffi entre sus antiguas amistades. La mayor parte acompañó al anciano hasta bastante más allá de

las últimas casas. Heidi, que no cesaba de mirarle, le dijo gozosa:

—Abuelito, jamás has estado tan guapo como hoy!

—¿Tú crees? —repuso el viejo sonriendo—. Sí, es verdad. Hoy me siento tan feliz como tú no puedes comprender. ¡Hace tanto bien vivir en paz con Dios y con los hombres! Dios ha sido bueno al enviarte a mi lado.

Al llegar a la cabaña del cabrero, el abuelito abrió la puerta y entró.

—¡Buenos días, abuela! —dijo sin vacilar—. Me parece que pronto habremos de empezar a remendar otra vez esta casita antes de que lleguen los vientos del otoño.

—Pero ¿es posible? ¿Es el Viejo de los Alpes? —exclamó la abuela, agradablemente sorprendida—. ¡Cuánto me alegro de vivir todavía para darle las gracias por todo el bien que me ha hecho! ¡Que Dios se lo pague!

Temblando de alegría, la abuela tendió la mano al abuelo y éste se la estrechó cordialmente.

—Tengo que hacerle un nuevo ruego —continuó la abuela—. Si algún daño le he hecho, no me castigue dejando partir a Heidi otra vez antes de que mis huesos reposen allá abajo, al lado de la iglesia. ¡Usted no sabe lo que esta niña significa para mí!

—No tenga miedo, abuela —repuso el Viejo tranquilizándola—. No quiero que semejante castigo caiga sobre usted ni sobre mí. Estaremos todos juntos y Dios quiera que durante mucho tiempo.

En aquel instante, Pedro abrió la puerta como una tromba. Jadeante, sin aliento, se detuvo en medio de la habitación y tendió una carta dirigida a Heidi. Era de Clara Sesemann, y contaba a Heidi que desde su partida reinaba en la casa un gran aburrimiento. Tanto era así que había decidido marcharse también y convenció a su padre para que la dejara ir en el otoño a Ragatz. Su

abuelita la acompañaría a hacer una visita a Heidi. Añadía que Heidi habría de llevarla a casa de la abuela de Pedro.

La perspectiva de los días venideros les llenaba al abuelito y a todos de felicidad.

Las mismas campanas que por la mañana les llamaron de los valles circundantes, les acompañaron ahora con su apacible toque del Ángelus hasta que llegaron a la cabaña.

Cuando la abuelita de Clara llegara el próximo otoño, tanto Heidi como la abuela de Pedro recibirían más de una alegría y más de una sorpresa. Y en el desván de la cabaña acabaría por haber una verdadera cama, pues bastaba que la abuelita de Clara fuera a un sitio para que en él se estableciera el orden más completo, tanto moral como material.